

**ABRASIVO EFECTO DE LA MEMORIA**

**LEIDY ESTEFANI DE ÁVILA CASTRO**

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA  
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.**

**2013**

**ABRASIVO EFECTO DE LA MEMORIA**

**LEIDY ESTEFANI DE ÁVILA CASTRO**

Trabajo de grado presentado para optar al título de Profesional en Lingüística y Literatura

Asesor:

**RAYMUNDO GOMEZCÁSSERES**

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA  
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.**

**2013**

## **RESUMEN**

El presente trabajo no pretende mostrar patrones fijos ni mucho menos establecer verdades absolutas alrededor de la creación literaria. La postura que aquí expongo no es más que el reflejo de mi subjetividad, teniendo en cuenta que parte única y exclusivamente de mi experiencia dentro de este campo. Sin embargo, buscaré no sólo acudir a autores que reflexionan sobre este oficio con el propósito de fundamentar ciertas ideas sino también para establecer un diálogo en varias direcciones que nos de claridad acerca de lo que este acto representa desde distintos ángulos. De modo que, resulta importante tener claro que no todos los sujetos que rondamos el terreno de la creación literaria, coincidimos en apreciaciones sobre lo que esta representa en su totalidad y los elementos cotidianos que involucra.

A mi madre:

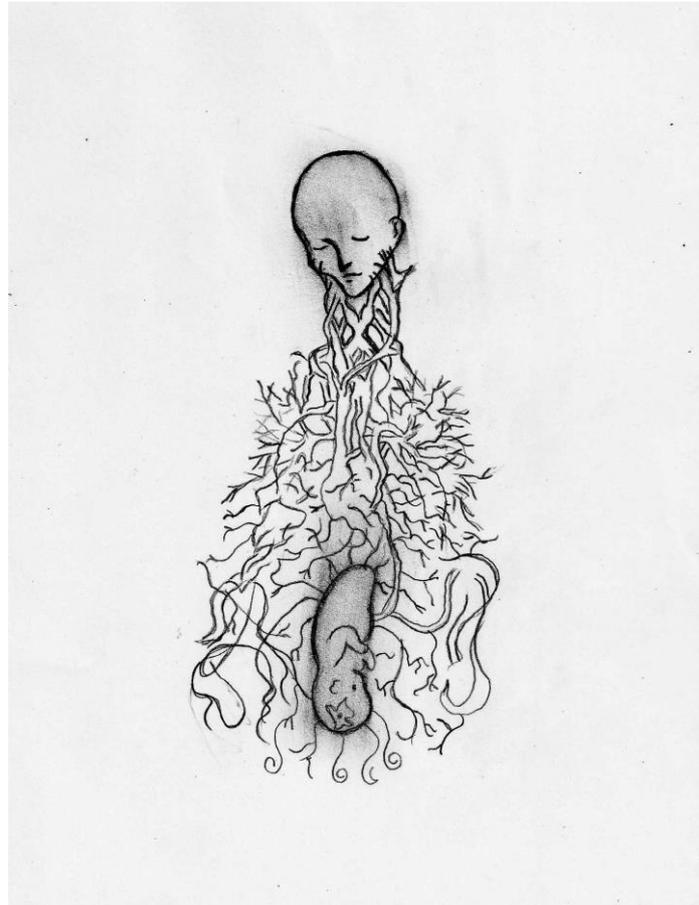
Porque en las palabras encontré el modo más hermoso para cantarle a su ausencia, a lo  
mucho que la extraño y a la herida profunda que se mantiene.

## ÍNDICE

Lourdes .....	6
El último sueño .....	9
Abrasivo efecto de la memoria .....	12
Entre el resquicio del llanto .....	19
Solipsismo .....	24
Un parto a la inversa .....	29
El viciado tacto de las manos .....	32
Lasciva muerte .....	34
El tono gris de la espera .....	37
Batalla consigo mismo .....	41
Sacudida involuntaria .....	46
La inutilidad del ser .....	51
Epílogo	
Abrasivo efecto de la memoria .....	56
El oficio de la creación literaria más allá de la fórmula .....	71

## LOURDES

*A mi madre: desde mi mundo,  
donde el silencio lacerante se paga con palabras.*



Crear un mundo aparte -pensó mientras en su rostro se asomaba un gesto de inconformidad, como cuando sabemos que ni las lágrimas ni los lamentos pueden cambiar el rumbo de las cosas-, fue la idea más rápida que cruzó en aquel momento por su mente. Y aún dentro del carro, divagaba entre la imagen perfecta para aquel mundo y el camino que sus pasos recorrerían mientras regresaba al lugar de donde había salido.

Nunca consideró arrepentirse antes de entrar a aquel lugar. Verla era lo único que quería, decirle dos o tres palabras que el tiempo le había arrebatado y que esperaban ser enunciadas aun cuando supiera que no tendrían más refugio que el aire. Mientras pensaba en las palabras que nunca dijo, ya había pasado la puerta principal, iniciaba otra de las tantas torturas que le carcomían en silencio el alma y el corazón; y no se trataba tan sólo de aquel olor a café que se introducía lentamente como una aguja en su estómago sabiéndolo como presagio de lo inevitable, mucho menos lo eran la cantidad de personas desconocidas tocando su hombro y pronunciando una y otra vez las mismas palabras desgarradoras y sin sentido que en aquel instante no podían faltar. No fue el sentirse presenciar un anti-circo en el que al igual que en sus sueños quedaba terminantemente prohibido por consenso general llevar una sonrisa o un color vivo que pudieran quitarle protagonismo al anfitrión del momento.

Pudo pensar que se trataba de la misma tristeza que desde siempre le asistía, pero esta vez era más que eso; se trataba de una ausencia que ahora la acompañaba respirándole en la nuca, la misma sensación irritante que guardaba en los bolsillos por no lograr entender lo que sucedía a tan pocos pasos. No fueron en vano las miradas que hizo en torno al lugar: sólo percibió simple curiosidad, apoderamiento del dolor ajeno, consideración, pena, consternación, tristeza y sin duda la maldita lástima de la que siempre renegaba, esa que llegaba, quiso creer, por añadidura.

No dejó de pensar en lo absurdo que sería huir, aquella ausencia la perseguiría donde se ocultara, y ella lo sabía. Ya no se trataba de desafiar, no olvidaba que generalmente las situaciones nos enfrentan a nosotros, y cuando eso sucede, no hay tiempo para retomar el control. Logró acercarse a ella, y la imagen siguió siendo tortura en medio del

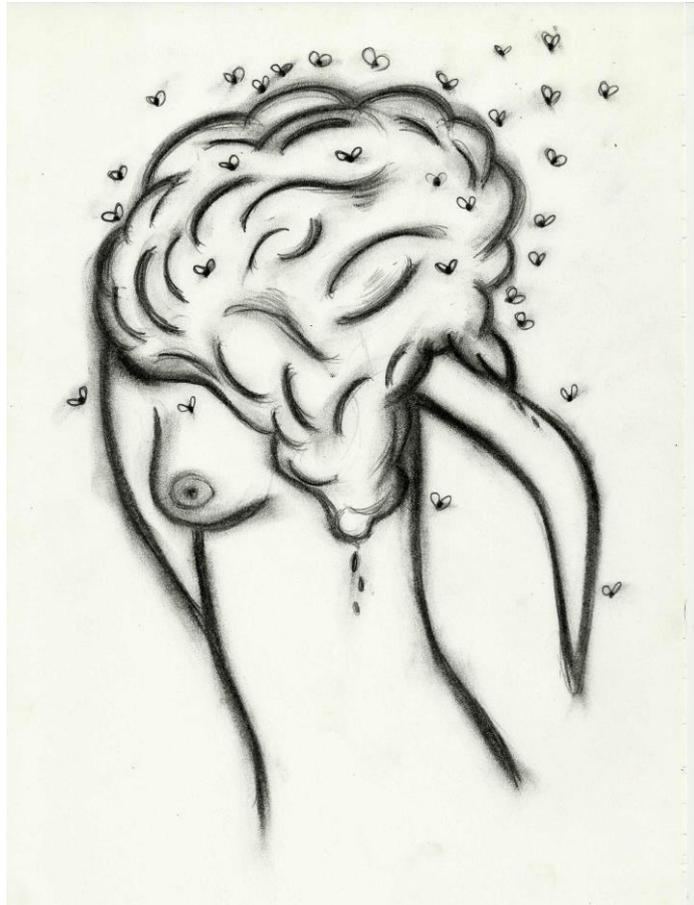
desierto, porque esa, sería la última vez que la vería con sus ojos entreabiertos, y con la figura de una sonrisa fingida que conservó hasta el último minuto.

Su compromiso como la más cercana, era cerrar aquellos ojos que se rehusaban a hacerlo, que se negaban rotundamente a ir a otro lugar, a dejar de ver cada movimiento, cada gesto y cada mirada que se arrimara junto a ella. Sabía que el acercar su mano a lo largo de ese rostro era adueñarse de una muerte que no le pertenecía, era sacrificar hasta el último de los sueños que tenía para esperarla durante la noche. Ese fue el momento en que logró entender que se le había pasado la vida esperando palabras y abrazos que nunca llegaron, porque no había conocido como quisiera a quienes la habitaron, a quienes habían llegado y se habían marchado. Y fue así que todo pasó tan rápido, y lo que antes había sido claro, en aquel momento ya no lo era. No hubo manera de detener el tiempo, ni siquiera de ambientar el mundo que ya había creado para estar junto aquel ser que había sido para ella más que una luz de las que muchos creen salvación.

La mano finalmente había cumplido su misión, había recorrido el pasaje frío del que tanto huía. Y ahora, cuando aquella mujer se había marchado sin dejar rastro alguno, no dejó más que una marca en las palabras y la sensación de cansancio que sostiene el alma y que a cada minuto se acrecienta tratando de impedir que sus estantes se llenen de más ausencias y olvidos.

## EL ÚLTIMO SUEÑO

*A él, que conoce de cucarachas.*



Tendida, aprisionada y con los ojos entreabiertos logró desprenderse. Recorrió con la mirada su cuerpo mientras quitaba la sabana que lo cubría. No encontró sorpresa en él, era la misma pesadilla: cientos de cucarachas en sus pies intentando sin ningún resultado llegar al resto de sus extremidades y sintiéndose a la vez acorralada por el olor a muerto que emergía de las moscas que sobrevolaban el espacio. Aquello no estaba tan alejado de la realidad, y la voluntad por mantener aquellas cucarachas alejadas se estaba convirtiendo en el hilo desgastado y podrido de donde cuelga el más pesado saco de arena que no para de tambalearse y de corroer los ojos mientras salpica.

Nunca faltaba en su sueño el sonido de la polilla que roía hasta el más fino pensamiento. La idea de la muerte que llegaba con aquel lento sigilo que aturde, como el sisear de la serpiente deseando no ser descubierta. La negra imaginación que trastorna mientras se pasea por la sangre tomando el mismo recorrido del veneno para rata al tratar de ubicar un refugio en cualquier rincón del cerebro.

En la entrada de su memoria, siempre se mantuvo el enorme pantano espeso y maloliente imposible de cruzar. Sus pies se hundían en él como exigiendo algo que le pertenecía. Reposaba en el aire el mismo olor fétido de donde se desprenden las más repulsivas larvas a punto de reproducirse. Los ciempiés caían sobre ella atravesándole el cabello y escarbando para hallar un reposo húmedo y digno de atacar. Entre el desasosiego, su voz se perdía en el intento por gritar, y los labios impedidos por la llaga del silencio tomaban una forma inútil e indescifrable. En medio de sus pasos sobre aquellas cucarachas aumentaba el reguero de jugos sangrientos y viscosos junto con las desmembradas anatomías. Resultaba inútil el deseo por deshacerse de ellas, era eso precisamente lo que las alimentaba y de paso las multiplicaba, el crujir de aquellas vísceras llegaba a sus oídos con la misma intensidad de un taladro devorándole las sienes muy lentamente.

Aquel sueño reposaba entre restos de carne descompuesta en la que no cabía un orificio más para la absurda cantidad de gusanos desesperados que allí se movían. Le bastaba la misma sensación de aquellos animales carcomiéndole el enredijo de tripas, flujos y mocos que llevaba por dentro para saber que se estaba deshaciendo en el aliento agotado de quien se despiden. Reconocía los cuerpos que se acercaban a ella casi sin juicio, queriendo llevarla vertiginosamente a perderse en la niebla espesa de su conciencia.

Sabía que se trataba de un sueño y que estaba allí, frente a ella misma, mirándose, custodiándose, tratando de impedir que aquellas cucarachas que cubrían tupidamente sus pies pudieran avanzar más, pero aun así, de sus pies sólo se divisaban algunas de las membranas que recubrían los huesos gracias a que estaban empezando a devorarla completa y sin compasión. Notó que mientras se miraba fijamente, la debilidad y la angustia que había en su rostro, sólo le producía una continua somnolencia, un insistente cansancio. Pasó su mano a lo largo del que era su cabello, a pesar del líquido verde y pegajoso que salía de este. Apareció entonces una calma sin ningún efecto sobre las cucarachas y sobre las hendiduras que ahora la conformaban. Su hondo pecho se hinchó de manera tan acelerada que pareció soltar un engañoso suspiro de esperanza. En aquel preciso instante se vino abajo un trozo de su cuerpo envuelto entre un sinnúmero de hormigas y gusanos gracias al estado de putrefacción en el que se encontraba. Fue ahí, en medio de tanta materia triste y mortal donde se dio cuenta que algo empezaba a tomar forma, que aquello de lo que tanto había huido empezaba a aferrarse a sus párpados como las marcas que dejan las sanguijuelas a su paso.

## ABRASIVO EFECTO DE LA MEMORIA



No había algo que odiara más en la vida que ir a misa. Me llevaba horas explicarle a mi mamá las razones por las que no soportaba todas las mentiras que repetía una y otra vez el maldito cura de la iglesia. Tenía mis razones para llamarlo así, pero era inútil tratar de insinuárselo a alguien, nadie me creería; además, no sería la primera vez, y estaba tan cansada de lo mismo que preferí conformarme con decírselo sólo a ella cuando llegaba con la cantaleta de que si quería ir al reino de los cielos debía ir a recibir la bendición. ¡Pura basura!

Siempre pensé que la mierda que mi mamá tenía en los ojos era demasiado grande como para darse cuenta de las cosas que sucedían frente a sus narices, porque aun cuando era evidente que las veía, para ella era mucho más cómodo hacerse la tonta y pasar desprevenida. Lo digo sobre todo por lo que pasó con mi papá, aquel pobre inútil que nunca pudo cargar con su propia vida y para quien la hombría no era otra cosa que dar unos buenos golpes. Todo en él se reducía a lamentaciones inútiles y a querer resignarse a la vida que le había tocado porque según sus cálculos, dios le había dado justo lo que se merecía. No era más que un mediocre sin título.

Para ambos, yo no pasaba de ser la desadaptada que siempre iba en contra de todo y de todos. Y creo que por esa sencilla razón mi mamá me miraba con aquella profunda decepción de quien se arrepiente de haber cometido un grave error. Error que además estaba pagando muy caro, demasiado caro para su gusto pensaría ella. Pero no la odiaba, o por lo menos no tanto como odiaba a mi papá. No sé, creo que ahora la odio con la misma intensidad, especialmente cuando desahogaba su rabia conmigo por recordarle lo que en verdad había sucedido con él. Ahora pienso que siempre deseó verme arrastrada. Conocía su cara de satisfacción al verme llorar inconsolablemente, buscaba la manera de que mi sufrimiento se nivelara al de ella. Para mí era bastante clara la urgencia que tenía por sentir que no era la única que sufría y por eso me hizo creer que lo de mi papá había sido por mi culpa; yo sabía que no era cierto, o más bien quería tener un trozo de esa misma mierda con la que ella permanecía todo el tiempo en los ojos. Ya era suficiente con los golpes que no tenían punto de comparación con las palabras que terminaron dejándome llagas infectadas en el alma.

Razones tuve de sobra para irme y dejarla sola, pero nunca pasó, algo no me dejaba. Tenía la mamá más fría, desgraciada y estúpida del mundo, no podía abandonarla. Dudaba mucho que alguien pudiera soportar a un ser como ella, que no era capaz de demostrar un buen sentimiento, ni siquiera por equivocación. Me sorprendía lo bastante desarrollado que tenía el hábito de destilar odio por la mirada, por los poros. Esa entrega al sostener el fusil que llevaba en los antebrazos, que permanecía cargado y preparado aun cuando pareciera que no. Cómo olvidar lo conveniente que le resultaba mantenerme ocupada en ese lugar que tanto he odiado, según ella sin saber lo que pasaba. Ahora entiendo que tanto rencor no ha sido en vano; no se trataba solamente de no creer lo que yo le decía, sabía perfectamente en manos de quien me echaba.

De todas formas yo no hablaba por hablar, lo del maldito cura era algo que sólo había comentado con mi mamá queriendo creer que ella no lo sabía, ¡ah! y con la tía Socorro. Pero en todo caso estaba segura de lo que decía. El muy desgraciado no era más que un perverso, cuando me lo tropezaba en la calle, mis ojos sólo lo acusaban mientras mis manos temblaban de rabia, y el infeliz lo sabía, era inteligente, disimulaba perfectamente, supongo que por tantos años de estar en el mismo oficio. Y si había algo de lo que estaba segura era de que todo lo que había hecho aquel detestable cerdo, lo iba a pagar aquí mismo en la tierra, en ningún maldito infierno, aquí mismo, mientras viviera, y yo me iba a encargar de eso.

Era imposible olvidar el grupo de oración para jóvenes que tenía el miserable. Yo lo conocía, pero no quiero hablar de eso. En la misa siempre solía decirle a los padres de familia que mandaran a sus hijos, que él los liberaría de sus pecados, que era mejor que se arrepintieran a esa edad y no más adelante cuando no hubiera nada que hacer... ¡Que

conveniente! El grupo de oración era los jueves a la misma hora, en la iglesia, a puertas cerradas. Eran 15 niños, siempre los contaba desde el lugar donde me ubicaba a observar todo lo que hacía el desgraciado. Conocía a varios de ellos, estudiábamos en el mismo colegio, y lo extraño era que antes hablaban conmigo -uno de ellos me gustaba, cosa que ahora no importa-, pero desde que dejaron entrar aquella manifestación de dios a su ser, empezaron a ignorarme. Lo que pasaba era que después de una hora salían 9 o 10 de los niños, luego de una hora más, salía el resto. Siempre eran los mismos que se quedaban, una que otra vez había un cambio de turno. Todo era muy extraño y no muy difícil de adivinar, sobre todo porque cuando les preguntaba por lo que hacían en la iglesia durante tanto tiempo se ponían pálidos y salían huyendo como si hubiesen visto un fantasma y diciéndome que no fuera chismosa, que me ocupara de mis cosas.

Las madres de esos niños eran todas unas torpes presuntuosas que comían rezo todo el maldito día y que dejaban que sus maridos les pegaran porque seguramente estaban haciendo las cosas mal y tenían que mejorar su comportamiento para no disgustarlos. ¿Quién mejor que dios para enseñarles a ser pacientes y a soportar cualquier sufrimiento? De cualquier forma eran mujeres; obvio que tenían que sufrir, así que para qué quejarse. Hasta ahí llegaba la capacidad de razonamiento de aquellas mujeres, mi mamá también hacía parte de ese club, sin lo presuntuosa claro, realmente no teníamos de dónde. Así que el asunto era que estaban lo suficientemente entregadas a dios y a sus maridos como para darse cuenta de lo que pasaba con sus hijos. Me daban lástima las muy idiotas, porque lo que siempre sucedía era que luego de que no había nada que hacer, quién se las aguantaba lamentándose y llorando pendejadas, pero mientras tanto no razonaban ni entendían ni oían por estar esperando que la inteligencia les bajara por obra y gracia del espíritu santo. ¡Maldita sea! Me hervía la sangre de sólo pensarlo.

A veces quería hacer mi sueño realidad, el de todos los días: ir a cada una de las iglesias del mundo, rociarlas con mucha gasolina, luego echarles fuego y reír, reír y reír, no parar de reír. Aquel sueño me parecía tan divertido que estaba segura que algún día lo lograría; quemar a toda esa partida de pervertidos y degenerados, verlos convertirse en carne frita chamuscada y maloliente sin poder levantarse, sería el fin de la plaga más detestable. Muchos me lo agradecerían. Mi mamá por su lado, no se cansaba de decirme que estaba loca, no soportaba verme la cara de satisfacción cuando le contaba aquellas escenas de mis sueños. Y era cierto, me entusiasmaba pensarlo, quería hacerlo de alguna manera, lo demás me valía un pito. Alguna vez me dijo que me internaría en un centro de rehabilitación de esos donde meten a los locos, por eso cada vez que podía me llevaba al psicólogo, pero el doctor nunca dijo nada anormal de mí, así que debo reconocer que logré engañarlos muy bien. De todas formas, lo único que le pedía a mi mamá era que me dejara hacer lo que tenía en mente, luego de eso, podía hacer de mí lo que quisiera. Cada vez me convencía más de que mi misión en el mundo no era otra diferente a esa.

Mi tía Socorro me apoyaba, eso sí, me aconsejaba que no comentara aquello con nadie, ella era un poco más reservada y le parecía que no era prudente estar hablando de ese tipo de cosas por ahí. De hecho yo no lo hacía; también pensaba que no tenía caso hacerlo, nadie lo creería. Mi tía había estudiado licenciatura en ciencias religiosas, y aun así me apoyaba, incluso alguna vez mientras le contaba mi sueño, entre dientes me dijo que me ayudaría con lo que tenía pensado, en realidad no éramos tan diferentes la una de la otra, en el fondo ella también tenía un alma siniestra como la mía, sólo que a diferencia de mí sabía ocultarlo muy bien.

Ella era profesora en un pueblo. Me contaba muchas de sus anécdotas mientras estudiaba en la universidad. Una de esas anécdotas y la mejor de todas, fue aquella en que muchos de sus profesores –curas además- le decían casi que en secreto -supongo que por ser la mejor alumna y verla tan entusiasmada con el asunto-, que no fuera tan inocente y dejara de creer en tonterías, que no era cierto que existiera un dios, aquello de la religión era un negocio muy bien armado, y que la razón por la que ellos estaban ahí y en las iglesias no era otra diferente a que les pagaban muy bien, nadie hacía aquel trabajo por caridad, es un trabajo que indiscutiblemente alguien debía hacerlo, y mientras hubiera dinero de por medio se hacía. Que era necesario que hubiera gente débil e ignorante; ese era el mercado a quien iba dirigido aquel servicio. ¡Ay, cómo olvidar aquello! fue el plato fuerte para mi incredulidad cuando de esos temas religiosos se trataba. Ella tampoco creía en dios, y si se había dedicado a estudiar aquello fue porque sencillamente no había otra posibilidad. Me decía que después de ver y escuchar tantas cosas que nadie podría llegar a imaginar -sobre todo en esa universidad que además hacía parte de una iglesia-, no habría nada peor... y le creo.

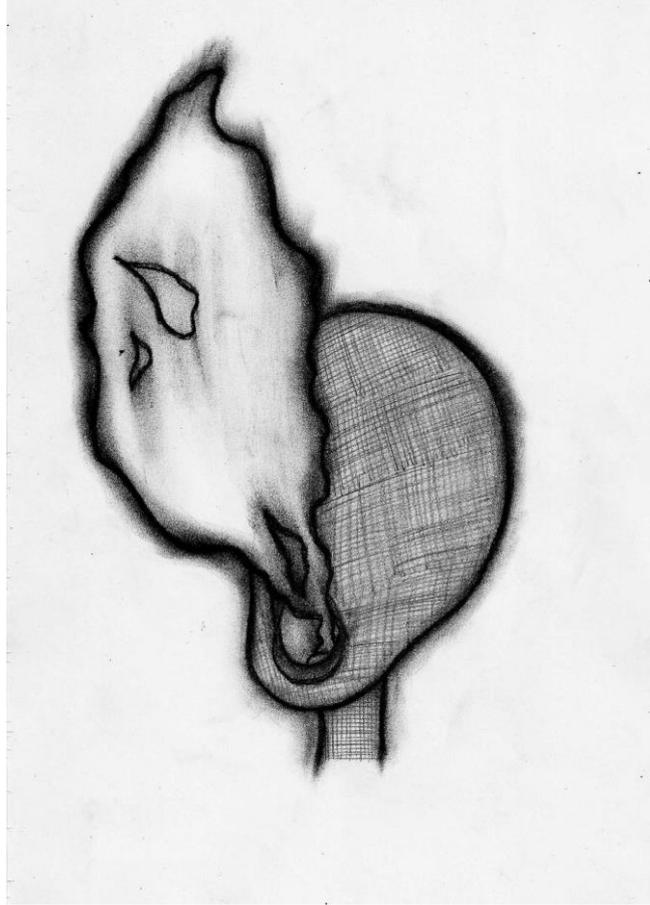
En el colegio siempre fui el personaje chocante que disfrutaba discutir con la profesora de religión, pero era algo que me importaba muy poco, al fin y al cabo aquella mediocre profesora nunca supo responder ninguna de mis preguntas. La muy tonta, no dudo que aun siga rezándole a dios para que le devuelva a su hijo muerto.

Por otra parte, yo no soportaba las amigas de mi mamá. Las invitaba casi todos los días a la casa, según y que a rezar el rosario, pero realmente la intención era hacerme entrar en razón, las escuchaba hablando, aseguraban que si no lo hacían pronto, me quemaría en las llamas del infierno. Antes, me revolcaba de la ira cuando las escuchaba decir eso,

sobre todo a mi mamá, pero luego entendí que no tenía sentido, fue entonces cuando opte por reírme en sus caras cuando me hablaban de dios y de su maldito sacrificio por nosotros.

Aun me río de ellas, de todos, de mí ahora que despierto aquí en esta cama. No recuerdo cuando fue, no sé qué día es hoy, ni cuánto tiempo ha pasado desde que vi a mi mamá por última vez. A mi mamá ya ni la veo, al principio venía mucho, la veía llorar a través de la ventana, a mí ni me importaba, pero si ya no viene supongo que debe estar en la iglesia rezando por mí, quién sabe en cuál... Igual me siento tranquila, las pastillas me ayudan, son muchas y a veces siento que mi estómago no las soporta, pero me las tomo, muy juiciosa, para dormir, para no sentir lo que siento, para no sentirme amarrada, se siente bien, aunque no siento la cabeza, o si, pero parece una pluma, como si estuviera volando, ya aprendí a volar, nunca había sido tan bonito volar. Y si mi mamá no viene, fue porque murió, ¡claro! murió en la iglesia, que tonta soy, como pude olvidarlo.

## ENTRE EL RESQUICIO DEL LLANTO



Hacía mucho tiempo que había muerto su madre. Susana sentía que el tiempo le había pasado con la misma ardorosa lentitud que tienen las sanguijuelas al extraer los venenos de la sangre. Recordaba como un fognazo los días en que cuidó de ella; las náuseas que le producía el olor desagradable de aquel hospital, las caras de buitre que llevaban las enfermeras día tras día, y que le causaban un desdén que no podía explicar.

Los últimos días que tuvo para verla, no hacía más que desear que abriera los ojos. Le dolió no haber podido llegar mientras estuvo despierta y consciente. Había pasado exactamente un año que no la veía desde entonces. Durante todo ese tiempo esperó

impaciente por que su madre viera lo mucho que había crecido ese año y lo bonita que se había puesto.

A pesar de no recordar la cara del doctor, Susana tenía presente las palabras que repetía una y otra vez: que todo parecía estar mejorando poco a poco, y que el mayor peligro había pasado, o por lo menos eso era lo que le decían, porque nunca estuvo presente cuando él llegaba a informar sobre la salud de su mamá; no la dejaban, quizá por eso todo le parecía extraño, confuso. Nunca vio en ella esa mejoría de la que le hablaban, por eso no dejaba de sentir la misma presión en el pecho, aun cuando aquellas palabras eran caricias para su ansioso corazón.

A la hermana de Susana, luego de llegar al mundo, la llevaron directo a una incubadora; había nacido antes de tiempo, débil, casi agonizando. Su madre no la conoció, y Susana no dejaba de pensar que quizá esa era la razón por la que había muerto con los ojos abiertos, ojos que ni siquiera sus pequeñas y torpes manos lograron cerrar. Estaba convencida de que eso le costaría los sueños con su madre, y ya no había vuelta de hoja. Recordaba que su abuela siempre le decía que cuando alguien moría con los ojos abiertos era porque había dejado asuntos sin resolver. Fue en ese momento en que Susana no tuvo duda de que todo con su madre había quedado sin resolver.

En la habitación donde se encontrara su madre, había una gran ventana, sin embargo, los rayos de sol que por allí atravesaban eran muy débiles, como si tuvieran conciencia de lo que allí sucedía. También había muchas imágenes religiosas, pero la que más llamaba su atención era un cristo de cerámica que colgaba de un hilo en la cabecera de la cama, y que durante todo el día y la noche golpeaba contra el hierro a causa del aire del abanico que pegaba justo en el mismo lugar. Aquel golpecito le pesaba en los

hombros y le roía los oídos una y otra vez, calcinaba su alma mientras esperaba junto a la cama a que su madre abriera los ojos o dijera alguna palabra. Susana nunca entendió qué hacía ese cristo allí, ni mucho menos cuál era su función. Le desesperaba de manera exagerada ver aquella imagen mirar a su madre como pidiéndole cuentas de algo.

La abuela de Susana rezó todo ese tiempo, su tía en cambio nunca lo hacía, no era precisamente de aquellas personas que creían que encomendarle los problemas a alguien o a algo que no existía garantizaba una solución para ellos. Pero esa mañana, justo unas horas antes de la muerte de su mamá, la vio hacerlo. Había dos monjas a su lado además de su abuela. No comprendió aquella escena hasta hace muy poco tiempo que su tía le confesó lo que había sucedido. Pasó que por un momento se dejó llevar por la desesperación y accedió a lo que las monjas le propusieron: le aseguraron que si ponía el alma de la madre de Susana en manos de dios, ella se salvaría, pero no fue cierto, no pasó, y fue una gran desilusión... le contó en medio de un llanto disgustado e inconsolable. Insistía una y otra vez que nunca se había sentido tan tonta como ese día, por eso la lloró tanto a pesar de que el único lazo que la única a ella era Susana.

Recordaba cada detalle de la habitación de al lado, se trataba de un señor esquelético y con la mirada perdida. Llevaba mucho tiempo allí; desde que dejó de respirar por sí sólo, pero al parecer no lo atendían muy bien. Todos los días llegaba alguien diferente a cuidarlo, y lo que Susana sabía era que había vivido muchos años en un ancianato. Sus hijos lo habían dejado allí y jamás lo volvieron a visitar. Cada vez que ella se asomaba a su cuarto, le sorprendía la pesadez que había en el aire, reconocía las sombras a su alrededor y él parecía que las sentía porque nunca estuvo tranquilo, todo el tiempo se movía como pidiendo que lo dejaran en paz, pero era inútil. El señor resultó mejorar de

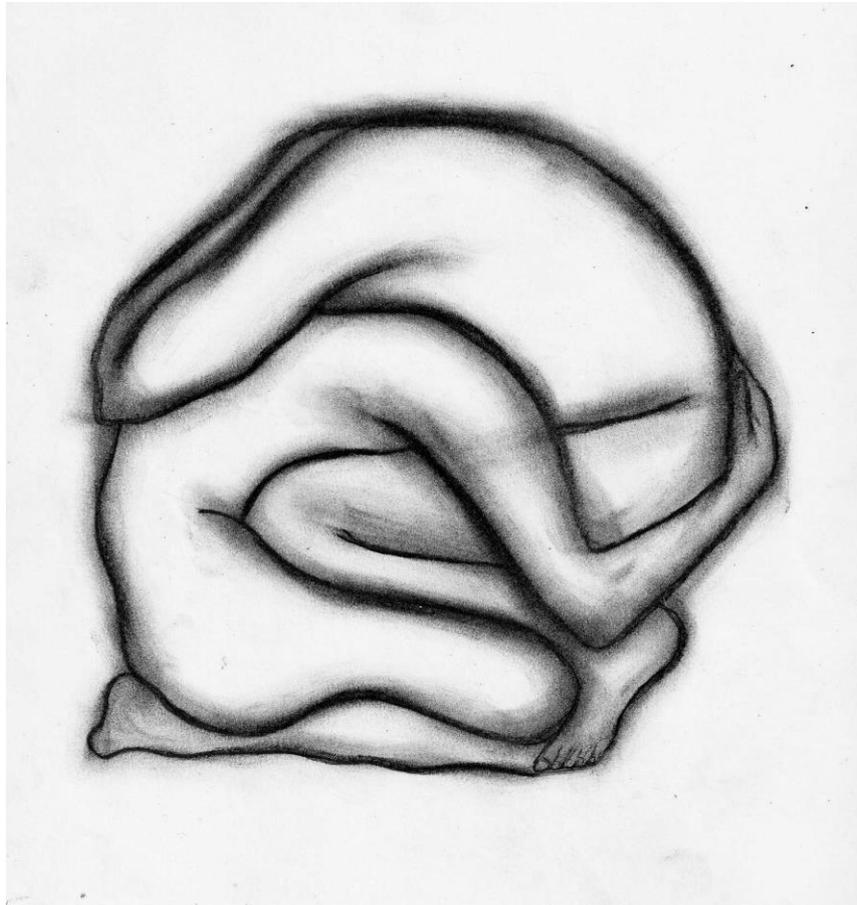
un momento a otro, pero paso poco tiempo para que muriera. Ese día Susana vio cómo lo sacaban del cuarto en una camilla cubierto con una enorme sábana blanca. Aquella escena la angustió mucho, presentía que luego seguiría su mamá que permanecía pálida en aquella cama con el montón de tubos que salían de su cuerpo y que no le ayudaban en nada. A veces le parecía verla llorar por dentro y como queriendo decir algo, pero no podía, el ronquido que escuchaba salir de su boca no era más que un aliento agotado y desesperado. Era por eso que desde el primer momento en que la vio, ahí, atrapada en esa cama, se dio cuenta que ya se había marchado, lo que reposaba en aquellas sabanas desgastadas era la gran tristeza de quien se quiere ir sin dejar el más mínimo rastro. La veía tan frágil y tan indefensa que por momentos su corazón sentía un dolor insoportable, la respiración se le tornaba cansada y casi imposible, sus manos temblaban como recibiendo el más turbio pensamiento que no se soporta. Era la sensación punzante de saber que alguien ya no estaba aun cuando el corazón diera unas mínimas señales.

Las pocas palabras que Susana le dijo a su madre durante aquellos meses eran celosamente escogidas, no quería decir mucho porque no era el momento, pero sí quería que supiera de su amor por ella. Nunca se lo había dicho y por eso se sentía en deuda. Eran muy pocas las cosas bonitas que le decía, siempre prefirió el silencio y su mamá lo sabía, pero de todas formas no era algo que entendiera. Le bastaba con mirarla durante un largo rato para descifrarla, para conocer lo que había en su mirada y un poco más allá. Susana recordaba a su mamá como una mujer hermosa, de ojos grandes y lindos labios, pero ella no era consciente de eso aunque se mirara diariamente en el espejo para acomodar su cabello. Imaginaba que quizá porque no hubo quien se lo dijera.

Durante muchos momentos Susana deseó no ser tan silenciosa, contarle a su mamá lo que quería hacer luego de terminar el colegio, confesarle lo mucho que le hacía falta cuando estaba en el pueblo, la ira que le producía tener un papá al que nada le importaba, lo linda que eran con ella las profesoras del colegio por hacer las tareas a tiempo, las tristezas que llevaba en el corazón, lo mucho que lloraba cuando nadie la veía, las cucarachas que se paseaban por su cabeza, y así, enseñarle hasta el último rincón de su alma para que ella hiciera lo mismo.

Susana no ha llorado, algo no la deja, los años la han ayudado a acumular la tristeza y aquello no ha dejado de atormentarla, sobre todo porque muchos lo hacen casi hasta querer morir con su madre. Ahora ya no sabe qué es peor; si llorar mucho como quien se ahoga en las propias lágrimas o quedarse en un silencio abismal que no dice nada. No sabe qué prefiere, pero siente el alma seca, casi en blanco, como cuando se tiene una hoja y un lápiz y no sabes qué hacer con ellos. Su corazón por momentos parece que dejara de palpar, puede sentir que está hueco y lo atraviesan grandes gusanos peludos en su interior buscando en vano algo de comer. Tiene en la garganta una piedra roída que le pesa y que no la deja pronunciar palabra, ni siquiera la más ligera, ni siquiera ahora después de tantos años, ahora que se supone que cualquier herida debería estar cicatrizada y olvidada.

## SOLIPSISMO



Aquella noche bajo las sábanas gastadas y con el cuerpo lleno del mismo cansancio satisfecho que la invadía en esos momentos, Rosaura se despojaba de la última sensación que la envolvía de extremo a extremo. Mientras su mirada perdida apuntaba hacia el cielo raso húmedo y manchado, la mente en una lucha inútil peleaba por volver al éxtasis de hacía pocos minutos -era la única manera de olvidar las tantas preguntas que buscaban ganar un lugar en ese instante-. Se preguntó rápidamente cuántas noches como esas le faltaban por vivir, pero más que responderse se reclamaba las razones para

estar pensando en algo como eso. Creyó que a lo mejor era muy poco lo que le quedaba de vida, a fin de cuentas no era tan descabellado reflexionar sobre aquello.

La respiración agitada de él la arrebató de sus pensamientos, y casi sin demora sintió una ráfaga de aire caliente sobre su cuello mientras le preguntaba con voz medio aturdido y como queriendo salir pronto de un asunto pendiente:

-Sabes mi niña... siempre he querido preguntarte algo -le susurró al oído-. Rosaura en la lucha por no querer salir de sus cavilaciones hizo ademán de no haber escuchado. Él, sabiendo que ella generalmente trataba de evadir cualquier tipo de conversación que desembocara en aquel punto que era tan evidente, tras otro momento de silencio en la habitación y esperando que ella asintiera para así continuar con su pregunta, la tomó por el cabello muy suavemente aturdido por la incertidumbre y la acercó hacia su rostro como quien pretende ser atendido. Aquel intento fue inútil, Rosaura en su afán por querer hacerlo olvidar de cualquier tontería que estuviera pensando, lo envolvió entre sus cabellos y lo ahogó entre besos y caricias para así no darle tiempo de pronunciar palabra alguna.

Aquella mujer que había surgido de algún extraño lugar, y a la cual aquel hombre amaba con desmedida locura, se entregaba cada vez como si fuese la última. Pensaba en el amor como uno de esos zapatos hermosos que veía en la vitrina del almacén y que cuando se dirigía a preguntar por su talla con disposición de llevárselos, no había. Así creía que funcionaban muchas cosas en la vida, y no se equivocaba.

Las conversaciones después del sexo le parecían jartas, por eso, luego de ese nuevo cansancio que la invadía, prefirió no darle tregua a la pregunta y fingió caer rendida

sobre el pecho y los brazos de aquel hombre. Rosaura sentía algo diferente al lado de él, no era algo casual, no con quien se han recorrido tantas camas noche tras noche. De todas formas, sabía que no era necesario que lo supiera, ¿para qué?, la sola idea de rendirle cuentas a un amor le desbarataba el instante y le revolvía las entrañas. El encuentro con aquel cuerpo le regresaba las ganas de vivir, le regeneraba el corazón y se lo envolvía en un lazo rosa, sobre todo porque era el único que por ella se preocupaba y que conocía casi todos los rincones de su alma podrida como ella le llamaba. Pero nunca se lo dijo, no lo creyó necesario y mucho menos conveniente, prefirió que aquello no pasara más allá de las sábanas.

Él, teniéndola sobre su pecho y acariciándole el cabello, dudaba de las palabras que quería decirle. No sabía si eran necesarias, si necesitaba que las cosas fueran diferentes, quizá mejores. A veces le eran útiles las certezas, certezas que ella no le daba. Miró a aquella niña, recordó que le gustaba que la llamara así: “niña”, “mi niña”, que tocara sus cabellos y los desordenara más de lo que estaban, que le susurrara canciones al oído, que se paseara por su espalda, una y otra vez. Pensó en lo cruel que se mostraba frente a ella, pero no lo era, era más frágil de lo que pensaba, siempre lo fue. A lo mejor era el momento perfecto para mostrarle eso que siempre había escondido, pero decidió no hacerlo. Volvió a pensar en ella mientras acariciaba sus cabellos, como el viento, fugaz en su hermosura. Su niña de cabellos abundantes y rebeldes como su alma. Ignoraba sus grandes sacrificios, era experta en ello. Conocía su maldad, sus artificios, pero la amaba, la amaba tal cual como era, no quería que fuese diferente, amaba su perversión, sus vicios, sus silencios, y aunque fueron muchas las veces que maldecía el fuego al que lo llevaba, mientras más vil la encontraba, más la amaba. Se pensó a sí mismo como un masoquista, sobre todo por ambicionar su amor, no entendía cómo podía emocionarse

con su sola voz, verla allí sobre su pecho con arrogante calma, esperando a que fuera él quien la buscara. Se decía imbécil a sí mismo, pocas cosas había hecho ella para demostrar su interés, y aun así él no las notaba. Lo asfixiaba la duda. No dejaba de mirarla ahora a un lado de la cama, tan indiferente, insensata y bañada en su orgullo.

Se quedó dormido sin ni siquiera notarlo. Ella, al otro lado de la cama con los ojos cerrados pero no dormida, había estado pensando todo ese tiempo en lo que él tendría para decirle, volteó hacia él con la intención de preguntarle, encararlo, pero se detuvo a sí misma. Lo miró con profunda admiración y se sintió pobre en su belleza. Lo acarició celosamente, por el rostro, los brazos, se acercó a su boca y le dio un tibio beso, lo contempló durante un largo rato, pensando que aquel hombre probablemente tenía mucho que brindarle, pero no, no era lo que quería. Lo vio tan indefenso, tan torpe, tan apasionado.

Se levantó con mucho cuidado de la cama, buscó con la mirada su ropa, se vistió lo más rápido que pudo mientras dudaba en hacerlo, no quería irse, no como siempre, huyendo a sus sentimientos, pero ahí, de pie en medio de la habitación, sin saber qué hacer, con una placidez incomprensible, sin tiempo ni premura, con raíces en los pies que la hacían inmóvil, interminablemente oscura, sin nada que la distinguiera del absurdo mundo, habitada como un mar vacío, desierto, en sus posibilidades de escoger lo que le placía, pensando en un amoroso ataque, ahí, desvaneciéndose, en el silencio, alma sin cuerpo volando en aquella habitación, tratando de permanecer sin ningún resultado, otra vez vencida.

Él despertó buscando una silueta a su lado, se quedó inmóvil ante algo que no le sorprendía. Quiso ponerse en pie, pero algo no lo dejaba. Ella se mantenía en la mitad

de la habitación mirándolo, pensando una vez más que todo seguía siendo inútil. Él logró levantarse, aún en el fastidio del frío que cubría el cuarto. Miró alrededor sin encontrar nada, pensó que aquel sueño había sido hermoso, que hubiese preferido quedarse en él, quizá no regresar. Ella lo observaba impávida, sorprendida por no haber sido reconocida por aquel hombre que decía amarla. Lo siguió con la mirada hasta la puerta esperando que la abrazara, pero no pasó. Miró sus manos deshacerse como agua, no entendía, no quería entender, quiso ir detrás de él, pero no pudo, una ráfaga de viento que atravesaba la ventana la sorprendió, se la llevaba consigo, aquella tentación que la invadía cada noche la llevaba hasta allí, cada noche lo buscaba, mantenía cada señal, única, para reconocerlo, habitarlo y entregarse.

## UN PARTO A LA INVERSA



Se recordaba llorando, junto al cordón umbilical. No sabía por qué lo hacía, pero sustraerlo de aquel mar le empezaba a desgarrar el corazón. Deseaba regresar, pero sólo escuchaba voces susurrando y tratando de llenar el silencio que él había construido. Aquella fue la primera y última vez que mudó de piel con la ayuda de su madre. Se mantuvo inmóvil esperando a que ella lo despojara de cualquier resto de cenizas y espinas que le quedaran en el cuerpo.

Sin decidirlo, anduvo por el mundo de los muertos, de las piedras. Un mundo de retazos que se cuidaban celosamente de sí mismos. Estuvo desnudo y vencido desde el

principio, en una lucha que no había empezado, de la cual salió fatigado, con la mirada perdida, la respiración entrecortada, buscando aliento junto a cualquier árbol frondoso que se le atravesara y volviéndose paciencia con la aglomeración de los años. Buscaba el silencio para que el ruido no le despertara las preguntas.

Fue un monumento en ruinas desde que llegó, desde que se le asignó un sitio. Diariamente sabía de la muerte que perdía con cada despertar, quizá la posibilidad de regresar, ya irrecuperable, inquebrantable. Se encargó de empotrar las pocas alegrías donde pudiera verlas, donde no fueran olvidadas. Había llegado a ser nada en concreto, porque no hallaba un lugar parecido a su cueva. Se fue haciendo camino obligado a recorrerse, evadiéndose y olvidándose. Se hizo cuervo, de los más negros, de los que no se les distingue ni la mirada. Aprendió a darle el recorrido más corto a las lágrimas, para hacerlas menos angustiosas. Era una grieta disimulada con hojas secas, una oquedad descubierta, una tumba de la que emanaba un grito en voz baja, un lamento silencioso. La hambrienta manada que era, se devoraba a sí mismo con cada insomnio. Su caos eterno: ser la estrella en estado de podredumbre y la bestia más arisca pero la más débil. Llevando a donde iba, el jardín reseco que regaba con las cenizas de su madre y de su abandono.

Mantuvo las alas pesadas de tanto limpiar su propia suciedad, el propio desperdicio que era él, teniendo que cargar cada día con esa basura, porque era suya, de nadie más. Comer de su propia carne para poder sobrevivir, despedazarse y darse cuenta que era la más podrida de las manzanas. No perdonaba la idea de la soledad que le habían heredado, pero se acostumbraba, mordía el tiempo hasta desgarrarse las encías, hasta sangrar y sentir la humedad. Sentirse arder en la propia hoguera de sus pensamientos.

Imitaba la noche ser la cueva que él deseaba, pero no era más que un tendedero de recuerdos mal habitados y resacos: una brújula apuntando siempre a la misma dirección.

## EL VICIADO TACTO DE LAS MANOS



Desnuda y desposeída frente al espejo se acariciaba el cuerpo. Mantenía la vista fija en el movimiento de sus manos, contemplando como se diseminaban en círculos y en línea recta, constatando que era el movimiento más placentero que la acompañaba; una vez más, dispuestas a recoger sus vísceras que se sacudían en el suelo como serpientes desatando su furia, buscando el refugio del cual habían sido expulsadas. Aquellas manos impenetrables, se mostraban serenas, al igual que un alma turbia, libres del germen de la moral, habiendo recorrido lo llano y lo profundo, eternamente pervertibles, con el temor de materializarse demasiado, satanizadas hasta la más invisible cicatriz, encontrando

tranquilidad en el contacto, sin más que esperar en silencio para desgarrar la sombra del cuerpo, sosteniendo diluvios cada vez menos controlables, saliendo de sus dedos ramas frondosas que esperan a que un pájaro llegue a hacer nido sobre ellas, agitando pantanos propios y ajenos, en los que se sumergen demonios en celo, evitando las rutas para así perderse, aguardando la humedad para la ocasión, vertiéndose para recogerse a sí misma, llevando enroscada la soledad como anillo de compromiso, esas manos que en el intento por desabrochar los botones del alma, terminan bañadas en sangre, convirtiéndose en un cúmulo de recuerdos ahumados, acuchillando ganas hasta sacarles los más irreconocibles fluidos, buscando golosamente asesinar con cada movimiento, mitigando palpitaciones, queriendo armar lo que está roto, intentando quitar la costra de la miseria humana que en ocasiones llegaba a acompañarla, consolando dudas, amansándolas, removiendo la tierra de cementerio que cubre los pensamientos, desgastadas por el continuo golpe a las paredes, de meterlas en el fuego sin nada a cambio, despertando la curiosidad de los cuerpos con cada caída, extendiendo los dedos para traspasar la metáfora del tacto, iniciando un acto de fe, un compromiso moral que cada vez es más líquido, susceptible de ser tocado y explorado, haciendo de los dedos un tejido que extrae las venas y humedece la noche, profanando caricias, buscando localizar los invisibles hilos que unen las manos al cuerpo para transformarlo, para descubrirlo, para descubrirse sacando la cabeza por la propia vagina evitando un ligero ahogo, despegarse como la postilla de verdín que se adhiere a la piedra, despellejarse, perder la carne con que se disfraza para sí mismo, triturar ilusiones y cabezas de ángeles, cargar el propio desmoronamiento mientras se espera aquellas manos, dejando de ser una mediocre urgencia para poseerse a sí misma.

## LASCIVA MUERTE



La discusión había tomado otra dimensión. Ya no eran palabras, era el silencio, el intenso y penetrante olor a cansancio, a café cuando ha perdido su forma inicial, humeante, era el cruce de dos miradas aniquilándose con cada segundo que pasaba. El recorrido del cuchillo fue largo pero preciso, en el lugar donde lo había planeado, hasta el fondo, constatando con decisiva presión que aquel metal hubiera cumplido su propósito; acariciar la carne con sus bordes filosos.

La sangre se mostraba espesa, casi gelatinosa, hecha coágulos, regándose como un lamento silencioso, como si hubiese esperado ese recorrido por mucho tiempo, y ya

estaba ahí, en el deseado contacto con el ambiente, contaminada, bajando por delgadas líneas hasta el piso, siguiendo otro camino incierto. Era ella dentro de ese ser que tanto despreciaba, con sus profundas ansias de entrar y destrozarle las vísceras, una y otra vez, descargando todas las palabras convertidas en momentos que ahora iban y venían de ese cuerpo, sin piedad. Estaba sucediendo todo lo contrario: ella lo penetraba, con un metal, y no le importaba, era lo mismo, recordaba el sexo de aquel hombre introduciéndose en su cuerpo, inmóvil, duro, húmedo, desesperado, buscando acomodarse, esperando que las paredes de su vagina se contrajeran para liberar el gemido final. Ahora ella lo miraba, como queriendo recordarle quién llevaba el control en ese momento, quién era más fuerte, quién decidía cuando parar aquellas ahogadas quejas, buscando en la agonía una recompensa a todas las vergüenzas que dejó caer sobre ella.

Había materializado el meticuloso sopor que llegaba por momentos a sus manos, lo había convertido en un dolor lento, silencioso, sin marcha atrás. En la habitación sólo quedaba ella y el olor del instante, a rata muerta que no ha sido descubierta. Restregó su cara por el cabello de su víctima, y aspiró su olor a demonio en celo. Era una bestia desgraciada, gimoteando para ser salvada de sus propias llamas. Se había reducido a un constante aleteo de la carne, no era más que la sutil hedentina de la carroña que a todos causa indiferencia y repugnancia.

En esa habilidad que a ella misma le sorprendía se descubrió en un silencioso disfrute por aquella escena, le excitaba. El lugar estaba poblado de un espeso aliento a cigarrillo, era su boca, un cenicero; por eso también lo odiaba, las bocanadas de humo sobre su cara sin poder decir nada. El mismo olor a la caja de dientes sumergida en agua le

restregó las narices, apenas tenía conciencia de estar allí, quiso gritar, desaparecer en un lamento, como se estaba yendo él, quería destrozarse los labios con sus propios dientes hasta volverlos carne viva y confundirse con la destrucción ajena, pero no, el perfume que emanaba de aquella sangre ya se había vuelto más soportable para su olfato, se estaba acostumbrando a la desagradable sanguaza que la bañaba junto al cuerpo agonizante. No quería despegarse, quería sentir hasta la última pulsación de esa vida. Vio aquel rostro, degollado, tierra seca, basura triste, materia podrida que le apresaba los oídos y los ojos. Permaneció con el olor a tumba, a fosa común que él le había dejado.

Ya el cuchillo era una sensación viva que la hacía sentir bien consigo misma. Se tranquilizó mientras cargaba aquel bulto que ya no podía sostenerse por sí solo, pensó que simplemente estaba matando otro cadáver, y que aquello no era más que la renuncia a aquella adherencia que algún día había elegido.

## EL TONO GRIS DE LA ESPERA



Una ligera sombra descendía entre sus piernas. El desorden de sus cabellos simulaba las olas al encuentro con el viento, le urgía un recorrido para sus manos, no daban más espera, encontraba bajo la piel lo que la mente no lograba inventar, y esa, era razón suficiente para esperar algo que no merecía nombre, para sostenerse de un tiempo ciego, que no lleva bastón.

En el restaurante, no hacía más que mirar a todas las direcciones, esquivando los ojos ansiosos de quien pretende adivinar el motivo de la espera. El cigarrillo, cada vez se hacía más pequeño, y el café, invocando un poco más de paciencia, deseaba su suerte.

La ansiedad empezaba a acompañarla. Pensó en las innumerables miradas llenas del mismo cansancio que la habitaban cuando lo veía acercarse. El encuentro con el cielo en medio de una mente desocupada esperando sentirlo una vez más, junto a ella, hablándole. Buscaba mitigar las palpitaciones con cortos enunciados en su mente. Había descubierto pantanos propios y ajenos en medio de sus pensamientos. Lo comparó con la muerte lenta que le producía a un desconocido a través de una larga mirada a los ojos, y no lo entendía, quiso pensar que no era ella precisamente la representación de la alegría, y por aquella sencilla razón a nadie le era agradable sostenerle una mirada, y así era, pero le seguía pareciendo que el mundo era demasiado estrecho para tanta alegría mediocre.

Miró hacia el cielo, sólo vio carroña volando con ínfulas de ángel. En ese momento deseo ser la flecha con veneno en la punta. Una doble muerte para aquellos pájaros, para todo el que transitaba aquel lugar, y para ella, que había sido solamente una vida en desagüe; goteando constantemente, hecha zanja, construida a punta de palabras, palabras que después era mejor no tocar, no quitarles la forma, porque si luego deseaba abrirlas, lo único que encontraría dentro de ellas era un reguero de tiempo y dolores. Al fin, destartalados recuerdos que con el mínimo movimiento caían al piso y se destruían haciendo el crudo ruido del cristal al romperse.

Fue ahí precisamente cuando notó que ningún momento le había servido tanto como ese para darse cuenta de lo inservibles que resultaban las esperas anunciadas. En vano se había regalado una vez más la oportunidad de creer, de pensar como uno más de los que se encontraban en ese lugar, regalándose sonrisas entre sí, untándose de aquella falsa dicha que transitaba en el ambiente. Era imposible darse por bien servida ante aquel

descubrimiento, porque esa, como tantas otras, fue la demora más eterna, y ella seguía siendo la misma mancha asimétrica, sin rostro e inentendible que no sabía de un origen. Un semicadáver, siempre inconclusa. En una armonía y una belleza que empezaba a caducar con cada minuto. Había vivido hacia adentro, y eso lo explicaba todo, incluso su bella soledad de mármol, aislada, esa que muchos admiraban, pero de la cual no tenían ni el más mínimo conocimiento.

Pero qué tenía que ver su reflexión con el fantasma que esperaba en aquel restaurante - se preguntó por un momento sin llegar a una respuesta coherente-. Su problema se reducía a pensarlo todo más allá de los límites. Su madre se lo había dicho en varias ocasiones: “tu enredo está en pensar hasta la respiración de las moscas, querer descifrar lo que traman mientras frotan sus asquerosas patas”, y era cierto, sólo estaba en ese lugar esperando algo de alguien, y ya lo había trascendido a otro plano, había dejado de ser algo tan sencillo como el ir a entregar la carne, revolcarse en el barro, arder en el fuego, irrespetar con la mirada, invadir con las manos. Ya no era sólo ese el motivo de la espera, y ahí estaba nuevamente, pensando que todo indicaba que no llegaría, la niebla inexplicablemente se había convertido en una gran aglomeración que se interpuso en el camino, finalmente una excusa.

Ya había tomado conciencia de la espera y lo que implicaba la búsqueda de aquel hombre, la sola idea de poner la vida en pausa mientras él solucionaba sus problemas. Pero no era ese el momento para el aterrizaje de aquella conclusión, esperaba decidida el encuentro de aquellos cuerpos, sin más pretensión, sólo el coincidir de tantas ganas inacabadas, una cópula de despojos. Pero era inútil, lo culpaba a él por contemplar tantas demoras que terminaban en la nada, pretendiendo ser lo que no está en el menú,

manteniendo la prisa sin detenerse a observar los secretos que puede ocultar una forma. Le reprochaba su ligereza, la llevaba de la peor manera, como un adorno, casi insano.

En cuestión de segundos detuvo los pensamientos con la disposición de irse. Apago el tercer cigarrillo que llevaba a la mitad mientras se dirigía a la caja a pagar, pensó en ir al baño, pero el tiempo ya había hecho una concesión y no estaba dispuesta a derramarlo más. Dirigió su vista al camino que debía recorrer y sin pensarlo se perdió en el, y pronto sólo quedo el calor de su sombra mientras aquel hombre apenas se acomodaba en una mesa a esperar otro fantasma.

## BATALLA CONSIGO MISMO



Su mente lo engañaba: escuchaba desesperados e irreconocibles gritos que se arrojaban sobre él, como un cruel aguacero que se desploma sin eximir nada a su paso y que no tiene la intención de terminar hasta no ver al primero caer bajo sus látigos lacerantes.

El hombre dudaba de aquel encuentro, pero al tiempo se mostraba decidido y dispuesto a acabar con lo primero que se le atravesara; hasta consigo mismo si era necesario. Fue suficiente un instante para que la imagen de su madre se le deslizara por la mente, con un solapado gesto de censura, reprochándole a gritos su inutilidad y su egoísmo, culpándolo de todo aquel sufrimiento que ella padecía; todo, absolutamente todo como

un fiel producto de su ilimitada inconsciencia. Con dificultad logró zafarse de ella, que aún seguía azotándolo en el pensamiento. Retrocedió al último ritual monstruoso y a sus balbuceos tratando de pedir ayuda: tirado en su propio charco de sangre revolcándose en la agonía, pero no precisamente en la agonía de la muerte, si no en la agonía del fracaso que desde aquel momento le acompañaría.

Desde muy niño le habían enseñado a huir, a descuartizar su voluntad para mantenerse a merced de otros, a alegrarse porque en el fondo de sí mismo no tenía un rival, sino un muy bien formado mequetrefe, sin la necesidad ni la valentía de mirarse al espejo para enfrentarse a sí mismo. Pero había decidido que ese momento no era para huir, no cuando todo estaba a un paso de ser consumado. Se pensó como un cúmulo de trivialidades, sin nada que perder, solo él y la cría de cucarachas que reposaba en su cabeza, sin ningún horizonte donde mirar, percibiendo un módico vacío que lo alentaba cada vez más.

Salió, ya no era dueño de sí, un bulto envuelto en ropajes coloridos y brillantes, con el deber de cumplir un papel; mostrarse y venderse, alimentarse del ruido que lo condenaba, de los gritos que lo nombraban. Caminó de un lado a otro en el amplio espacio, enseñando su máscara de satisfacción y ridícula alegría mientras lograba disimular el temblor que producía en su alma el estar allí, ya sin la posibilidad de retractarse.

Lo esperó de frente agitando suavemente el telaje rojo para no llamar mucho su atención, pero fue imposible; las puertas se abrieron dejando salir aquella ira y luego a la bestia, resoplando por lo incomprensible de su encierro y lo inesperado de su liberación. Y allí estaba, hirviendo, percibiendo la sombra roja ante sus ojos, alcanzable,

a pocos metros. Él, en el ansia irrecuperable del tiempo pasado, en donde habría podido correr y evitarlo todo, sintió que su cuerpo se desvanecía, pensó en hacerse pluma, dejarse morir en sus propias manos, sin oponer resistencia, reconociendo una vez más su cobardía.

En ese momento, lo sintió de frente y logró tener el reflejo para esquivar el primer ataque. Movi6 con una de sus manos el capote mientras en la otra acomodaba una de la banderillas, sabía lo que tenía que hacer y había decidido en ese pequeño instante, mientras salvaba su vida, que debía hacerlo, que era él o la bestia que lo acompañaba. Ahora, estaba dispuesto a matar, y ya no tenía duda de hacerlo. Dio la vuelta a la espera de la segunda emboscada. El animal venía con más furia llamado por el capote que se movía de un lado a otro, invitándolo. Lo esper6 un espacio en blanco mientras el hombre logró incrustarle una de las banderillas. Los gritos no se hicieron esperar, cada vez eran más fuertes y clamaban más violencia. Ya lesionado, la sangre emergió como un alarido, se esparció rápidamente como un manto acuoso sobre su corpulenta anatomía sin saber si aquello efectivamente era sangre o se trataba de sudor.

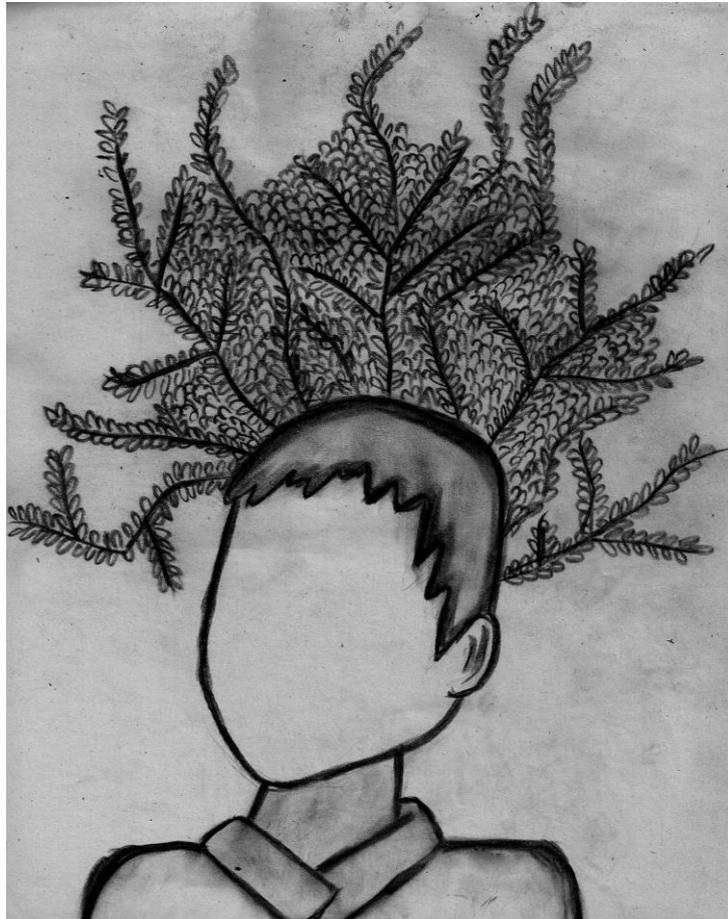
Después de cortar la distancia, ahora se miraban y ambos resoplaban sobre la arena, el fuerte sol se tornaba mucho más inclemente que al principio, el sudor corría por todos los cuerpos que allí se encontraban, los gritos quemaban y al igual que el sol, pedían ser complacidos. Mientras el hombre disfrutaba de su logro, su acompañante herido corrió rápidamente hacia él; logró atacarlo nuevamente, incrustándole la segunda banderilla muy cerca de su ojo izquierdo. El estruendoso lamento del animal por segunda vez se ahogó entre los gritos que celebraban el triunfo momentáneo de su atacante.

Luego de varios minutos, ahí estaban, ambos demostrando sus instintos atávicos de defensa, dos bestias dispuestas a matarse entre sí, una con menos ventaja que la otra. Se encontraban cada uno en un extremo del lugar. El hombre; preparándose para dar su estocada final, pensaba que de nuevo se salvaría como tantas otras veces. Sabía que su adversario intentaba engañarlo, pero decidió no caer. Tomó aire, se desplazó muy lento por el espacio, dando tiempo al animal para que tomara impulso, y en el mismo momento, casi sin pensarlo, en una movida invisible, estaba encima de él, introduciéndole el estoque en un lugar mortal, pensando que había acabado con el terror de su existencia.

Mientras de espaldas y desprevenido, celebraba con la multitud, la bestia se incorporó y se lanzó sobre él. Ahora sus ojos se mantuvieron fijos; sintió los cuernos penetrándolo, las pezuñas pisándolo, sin conciencia alguna de la venganza. Ya en el piso, boca abajo, lo acompañaba un frío que le desgarraba las entrañas, gritos que le eran ininteligibles y que se iban calmando con el transcurrir de los segundos, convirtiéndose en insectos que le silbaban al oído, intentando inútilmente decirle algo. Ya había olvidado su cuerpo, ahora sólo se concentraba en una sombra que daba vueltas a su alrededor, que lo levantaba y lo agitaba bruscamente, sintiendo que lo desarmaba, que lo despojaba de algo que no era suyo, que toda una vida se le iba desvaneciendo tan cómodamente en una sensación que nunca había alcanzado, que se reducía a un ronco suspiro que lo decía todo y nada a la vez, automutilándose en el silencio que ahora asaltaba su mente. El animal, insistía en su empresa con mucha más decisión, viendo el color rojo extenderse frente a sus ojos, llamándolo a que se uniera a aquel cuerpo que ya no era más que fluidos y vísceras en el piso, sin movimiento. Después de varios minutos,

cumplida su tarea y prácticamente sin fuerzas, ambos yacían tirados sobre la arena, mientras la sangre ahora era sólo una y no había manera posible de diferenciarla.

## SACUDIDA INVOLUNTARIA



Yo a los niños me los imaginaba felices. Por mucho tiempo creí en eso y traté de justificar mi idea. Entre otras cosas porque mi mamá me aseguraba que yo era un niño diferente al resto, que me distinguía un brillo que nadie más tenía, aunque supe por mis propios medios que nunca fui muy agraciado. De cualquier manera, ella siempre se las arreglaba para explicarme el por qué yo era distinto, qué era lo especial que había en mí.

Recuerdo que me decía que no debía llorar, que un niño como yo no debía llorar, por eso, cuando estaba triste, me aguantaba las lágrimas y le hacía creer que estaba bien. Imaginaba que algún día tendría mi recompensa por haber ahorrado tantas lágrimas. Me

decía que ahorrar era bueno, pero nunca aclaró que sólo era bueno cuando se trataba de dinero y cosas de valor. Supongo que no lo hizo porque ella también había ahorrado cosas que no eran precisamente de valor y que ya no cabían en la casa de lo grande e incómodas que eran. Y todas esas cosas se mantenían allí, como mudas e invisibles, sufriendo y extrañando algo, llorando amargamente cuando nadie las veía, porque se sentían falsas y solas, nadie las entendía.

Creí que conocía muy bien a mi mamá. No olvido que mantenía una tristeza en la mirada, como si la vida le debiera algo y ella intentara cobrárselo. Lloraba mucho y siempre encontraba una manera para que no pudiera verla mientras lo hacía, pero yo lo sabía, porque sus gestos la delataban y nuestra casa no era muy grande como para no escucharla por más despacio que lo hiciera.

Cuando regresaba del colegio y la encontraba en ese estado, le daba un beso. Confieso que en algún momento tuve la ilusión de que mi cariño le quitaría todas sus tristezas, pero no fue así. Revisaba mis cuadernos y se quedaba en silencio a mi lado. Yo entonces ponía mi mirada en su cabello y me entretenía recorriendo cada uno de sus rizos que eran como pequeños riachuelos buscando llegar a algún lugar, pero que siempre desembocaban en una gran turbulencia. A veces la encontraba con la cabeza atiborrada de ideas sonoras y horripilantes. Ella lo sabía y se encerraba en el baño para darse un largo baño sin importar que algo estuviera esperándola afuera.

Cuando estaba cansada generalmente me decía que estaba a punto de estallar, casi gritándome. Yo simulaba entender la situación y darle su espacio. Aprendí a no molestarla cuando me decía eso. Aquello era muy importante para ella: que yo la entendiera. El silencio empezó a ser rey en nuestra casa, por eso aprendí a quererlo

como quien tiene una mascota a la que le toma mucho cariño y luego no puede desprenderse de ella.

Mi abuela a veces llegaba a visitarnos. Vivía en un pueblo y tenía muchos animales que decía que eran los únicos que verdaderamente la conocían. Logré preguntarle varias veces a mi mamá por qué no le pedía a mi abuela que viviera con nosotros; ella nunca me decía nada, siempre interrumpía el silencio dándome un beso frío en la frente o regañándome por mi extraña manera de ser.

Mi mamá sólo hablaba conmigo del colegio y de lo que debía hacer en él, lo demás, supongo que se lo guardaba o lo hablaba con la vecina mientras lloraba. Y lo sé porque las veía, a veces las escuchaba hablar de cosas que todos pensarían que yo no entendía. Siempre me imaginaba a los niños felices, pero de repente las cosas de las que mi mamá hablaba con la vecina no me dejaban serlo, sentía un nudo en la garganta que a veces no me dejaba mover. En el colegio hacía muy poco, simplemente me mantenía sentado y mi mente se iba para cualquier otro lugar mientras dibujaba. Recuerdo que la profesora escribió una nota en mi cuaderno pidiéndole a mi mamá que fuera al colegio.

Ese día, estábamos en la mesa. Después de mi mamá haber leído la nota, me miró y en silencio se fue al cuarto. Me quedé sentado en la mesa un largo rato. El último sonido fue el de la puerta; alguien tocaba, quien era llevaba mucho rato allí. Cuando abrí, era la vecina, me dijo que se había quedado esperando a mi mamá en su casa. Además, se suponía que ese día me llevaría a casa de Carlos para ponerme al día con las tareas, y luego de ahí iba a hacer unas vueltas con ella. Hasta yo lo había olvidado. Le dije que mi mamá estaba en el cuarto, que a lo mejor se había quedado dormida, que si quería entrara y la llamara.

Ese día me sentía muy triste, sabía que en el colegio era muy poco lo que hacía, y no quería darle más disgustos a ella. Lo otro era que no tenía plena conciencia de las cosas, por lo menos no mucha de las palabras que conversaba mi mamá con la vecina, pero para mí eran importantes porque tenían que ver conmigo. Sentía que tenía algo que decirme, pero daba lo mismo porque me las decía con sus actos; haciéndose la dura y escudándose en sus crisis. Creo que mi abuela también tenía mucho que ver en eso, por algo ya casi no nos visitaba, quizá fue una razón para alejarse, aunque a veces llamara a la casa para hablar conmigo y preguntarme cómo iba en el colegio.

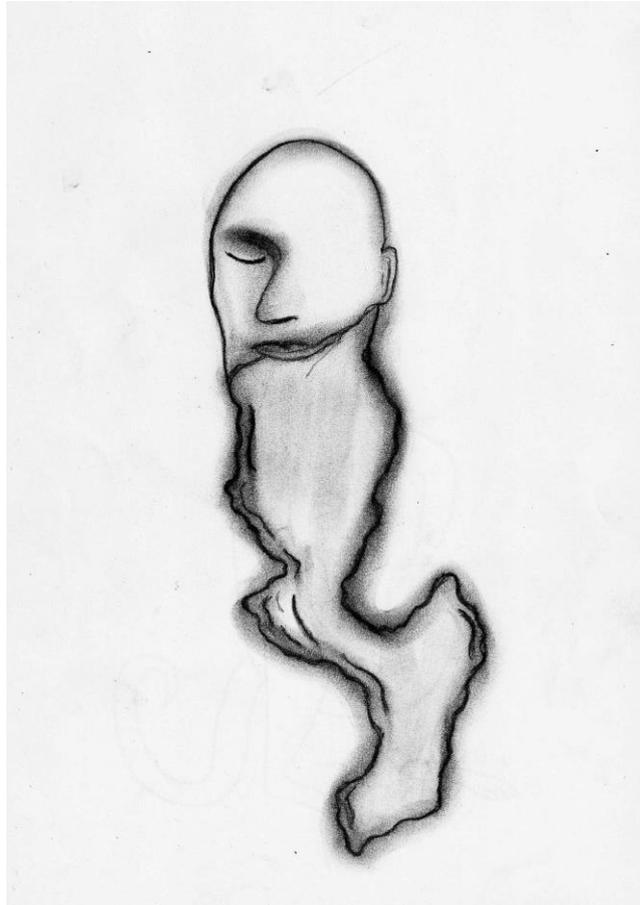
Ese día después de tantos golpes que dio la vecina en la puerta del cuarto de mi mamá, lo que escuché fue un grito. No era un grito cualquiera. Era un grito capaz de penetrar en la mente desorbitada de cualquiera y volverla añicos. Un grito que tardó en extinguirse, aunque fue debilitándose, volviéndose cada vez más agudo y terrorífico. Aquel grito lo sentí como una aguja en el estómago, como una lanza con una punta filuda en mi corazón, dejando una sensación de amargura en mi garganta, introduciéndose en mi cabeza sin el menor cuidado.

Luego, recuerdo haber visto mucha sangre por el piso, y las sabanas de la cama totalmente manchadas. Yo no pude decir nada, me sentí culpable porque pensé que pude haberlo impedido y no lo hice. Estuve parado por mucho rato viendo aquel cuadro mientras la vecina intentaba llamar a alguien. No entendía sus lamentos, tampoco quería hacerlo. De un momento a otro, noté que estaba en un extraño lugar donde todos esperaban que interactuara con los demás niños que corrían y gritaban desorbitados. Una señora muy elegante me hizo muchas preguntas, de las cuales no logré responder ninguna. Esperaba que alguien me explicara qué había pasado, pero nadie lo hizo.

Después de varios días en aquel lugar, llegó alguien por mí y me llevó con mi abuela. Cuando me vio, se lanzó a abrazarme, lloraba desconsolada mientras lo hacía, aún no sé por qué no le correspondí el abrazo, pero no fue mi culpa, no se me movían los brazos, se mantuvieron expectantes a que mi mente les diera una orden.

Mi abuela en verdad vivía con muchos animales. Desde que llegué pude verlos: gallinas con sus crías insistiendo detrás de ellas, cerdos revolcándose en el barro en medio de una extraña dicha, un perro corriendo desesperado tras los patos, algo que parecía natural y disfrutable. Fue ahí donde algo de angustia llegó a mi corazón, sentí que reprimí un gesto, pero fue algo involuntario. Pensé por un momento que los animales vivían felices, a su manera, y que prefería haber sido uno de ellos, sin tener que entender tantas cosas, sin tener que esperar por un abrazo, sin tener que esperar que alguien que se había ido decidiera volver.

## LA INUTILIDAD DEL SER



Entre tantas opciones, decidió vegetar; imposibilitarse de cualquier movimiento que lo flagelara, simplemente ser -aunque ser, también era, indudablemente un compromiso-, con la mirada perdida, evitando las expectativas colectivas que cada vez se hacían más grandes e incontrolables. Se refugió en el silencio; encontró en la ausencia un modo de evadir tantas preguntas, prescindiendo incluso de los malestares por su estado de sumisión consigo mismo. Pudo reposar en el más devastador grado de inutilidad, sin nada que ofrecer. Se fue convirtiendo en la síntesis de un gran vacío, y la indecisión de

cargar con su peso se fue haciendo mucho más liviana. Disfrutando con apetencia la sensación que proporciona la sangre al no saber si seguir o detenerse.

Aún en la cama, sin ningún tipo de movimiento, se cuestionaba sobre por qué prefirió aquella forma; tan lenta. Bien pudo tirarse del piso 20 de cualquier edificio, o meterse un balazo en la sien frente a sus padres y salpicarlos de sangre para que también murieran con él. Tal vez una sobredosis de pastillas, o quizá pudo haber ingerido Malatión; el insecticida agrícola que utilizaba su padre para las plantas, lo que probablemente le desgarraría las tripas, le causaría una opresión en el pecho, vómitos, calambres, mareo, pérdida del conocimiento y finalmente la muerte. Sin duda había que darle tiempo al producto para que cumpliera su propósito; una muerte lenta, dolorosa pero segura. Pudo haberse hecho una herida profunda en las venas con una cuchilla oxidada, para dejar que la sangre por fin fluyera fuera del encierro, y si por algún motivo la herida no era capaz de ponerle fin a su vida, quizá la infección sí lo haría. La posibilidad de rociarse gasolina y encender un cigarro para morir en llamas, le pareció desconsiderada consigo mismo, como también le pareció el meter la cabeza en un tanque con agua para morir ahogado. En fin, supo que la cobardía se movilizaba por su sangre y reposaba cínicamente en sus huesos, como un huésped maldito.

Había elegido mantenerse inmóvil en su cama, sin hablar, sin comer, sólo con los ojos abiertos, reconociendo todo a su alrededor sin permitirse hacer nada. Fue así, como después de tanto tiempo de negarse al movimiento, notó que sus piernas se habían entumecido, estaba completamente rígido. Por más que intentaba estimular las piernas y los brazos mientras estaba solo, era inútil, los huesos habían tomado su propia decisión. Su estómago había cesado de hacer ruidos, ya no lo sentía, era como una especie de

vacío que había sido aceptado por el cuerpo. Los ojos empezaban a desobedecer las órdenes que él les daba, permanecían abiertos y dirigidos en una sola dirección, como queriendo gritar algo, como queriendo salirse de su lugar.

El psiquiatra había diagnosticado un tipo maligno de estupor depresivo, había sufrido una suerte de inmovilidad física que según él, sufren las personas cuando están en una crisis catatónica. El tiempo que había transcurrido indicaba que su estado vigil no le permitía responder a estímulos externos. Era una especie de desconexión con el mundo, a lo que se le sumaba una pérdida del movimiento voluntario aun cuando pudiese reaccionar ante ciertos estímulos.

La familia no hacía más que lamentarse y observarlo sobre la cama, sorprendidos, impotentes, no se explicaban cómo había llegado a parar a semejante infierno, pero lo que no sabían, era que para él, el infierno había empezado desde mucho antes de todo aquello. Lamentaban el no haberse dado cuenta en qué momento un hombre que había sido tan vital, se había convertido en un muerto que sólo respiraba.

Pero nadie supo de sus dosis diarias de indiferencia hacia la vida y sus mediocres actores, de que todos los días religiosamente a las 6:00 a.m. se levantaba como pensando que cada despertar era una señal apocalíptica, un error, un malentendido. No sabían del cansancio que le generaba tener que cargar con la miserableza, y el asco que le producía la sensación de tener que ser un “ser humano”. Quería frotarse contra la pared y desprenderse de la piel que lo aprisionaba y que siempre le había cortado la respiración. Sentía que algo volvía a adueñarse de él, que los movimientos agitados de su cuerpo ya no los controlaba.

En la oscuridad del cuarto, tuvo la conciencia de que lo que había sido hasta ese momento, nunca le perteneció. Se mantuvo durante mucho tiempo invocando su estado natural, tratando de recordar de dónde había salido realmente, imposibilitado por su condición humana de la cual estaba a un paso de deshacerse. Esa noche su cabeza empezó a producir extraños sonidos que le impedían pensar, los ojos se encontraban desorbitados y humedecidos por un manto rojo que estaba lejos de ser sangre. Brotaban purulentos granos cada vez más grandes que parecían llevar un proceso que iniciaba y finalizaba al instante, terminando en una sanguaza que se esparcía por todos lados y que le ayudaba a desintegrar la piel humana que faltaba por destruir en aquel cuerpo que ya no era un cuerpo. Empezó a desmembrarse, se despedazo en dos partes saliendo de él millones de hilos babosos que se movían sigilosamente como pidiendo algo que les había sido arrebatado. Se reconocía en la forma una nueva vida, un ansia silenciosa por destruirlo todo, por acabar con lo que lo había llevado hasta aquel punto, porque el compromiso oculto, ese que nadie conocía, era llegar a soportar cualquier grado de inutilidad o miserableza humana, cualquier despotismo o vileza disfrazado de ingenuidad, antes que regresar al inicio. La idea –en ese momento fracasada- había sido impedir a toda costa llegar a los límites, al límite donde ahora él se encontraba.

En un repentino apelmazamiento de sus fluidos, quiso deshacerse de lo que lo aprisionaba. Fue entonces cuando escuchó atento sus propios gemidos, el oído aún se mantenía en su labor, poseído por un paroxismo arrebatador en sus moléculas que trataban de confabularse para crear una estructura hostil, dentro de él, con su cuerpo, como una especie de tumor rociando jugos acidificantes que todo lo desvanecía a su paso. Y ahí, en medio del dolor por deshacerse de sí mismo, se encontraba a la mitad de

una muerte satisfecha, viendo esa inocencia que ahora lo chorreaba todo, que se adueñaba de lo innombrable y que sólo le permitía reducirse a su mínima expresión.

**I****Abrasivo efecto de la memoria**

*Todo lo que le sucede a uno tiene que ver con lo que escribe.<sup>1</sup>*

John Dos Passos.

*La memoria como un lugar, como un edificio, como una serie de columnas, cornisas, Pórticos. El cuerpo dentro de la mente, como si nos moviéramos allí dentro, caminando de un sitio a otro, y el sonido de nuestras pisadas mientras caminamos de un sitio a otro.*

Paul Auster

Me resulta importante aclarar que con este trabajo no pretendo mostrar patrones fijos ni mucho menos establecer verdades absolutas alrededor de la creación literaria. La postura que aquí expongo no es más que el reflejo de mi subjetividad, teniendo en cuenta que parte única y exclusivamente de mi experiencia dentro de este campo. Sin embargo, buscaré no sólo acudir a autores que reflexionan sobre este oficio con el propósito de fundamentar ciertas ideas sino también para establecer un diálogo en varias direcciones que nos de claridad acerca de lo que este acto representa desde distintos ángulos. De modo que, resulta importante tener claro que no todos los sujetos que rondamos el terreno de la creación literaria, coincidimos en apreciaciones sobre lo que esta representa en su totalidad y los elementos cotidianos que involucra.

La creación literaria se presenta bajo una forma que supone un uso determinado del lenguaje, una maniobra que permite moldearlo a las necesidades que se tengan dentro de la obra. Pero si bien esta caracterización es útil en un principio, no es suficiente, porque ante todo el acto creativo debe considerarse como un modo a través del cual se le

atribuyen significados a la experiencia humana. En consonancia, este acto parte de una tarea reflexiva casi inconsciente que pone en escena la real dimensión humana. La búsqueda propia que en cada uno responde a particularidades o motivaciones diferentes. De modo que la escritura puede pensarse como un arte que se justifica a sí mismo, anteponiéndose a reglas o a estructuras formales, porque apunta principalmente a una urgente necesidad de emerger a la superficie mientras se está en la sima del mar.

Escribir es ante todo un profundo e incesante cuestionamiento al propio ser, una posibilidad de explorarse y plasmarse, que no solamente consiste en mostrar un reflejo de la realidad de quien escribe sino también de quien se da a la tarea de leer en la medida en que alcanza una complicidad secreta con las palabras del otro. De este modo, escribir es más que un hábito; se trata de un reto que pone al descubierto tanto los conocimientos y experiencias que nos configuran como también las distintas maneras de aprehender el mundo, la realidad y sobre todo, cómo reaccionamos a esta.

Quien escribe sabe perfectamente que debe tomar con las manos desnudas muchas de las brasas que han quedado suspendidas en el tiempo, que si bien las palabras no garantizan la cura de una enfermedad, por lo menos prolongan los lugares haciéndolos más habitables. El visceral encuentro con diversos sentimientos y sensaciones representa un necesario alimento para quien escribe; situaciones relacionadas con la muerte, la soledad, el abandono, la desesperación, la angustia y la locura, pasan a jugar un papel fundamental. Se vuelve inevitable verse inmerso en ellas, no es posible eludir las sin antes tomar conciencia de la propia vida y el aparente sin sentido de la misma.

Escribir es la respuesta de quien está rodeado por los tentáculos de un enorme pulpo que se rehúsa a liberarlo. Se trata de escudriñarse, encontrar el punto débil, lamer la llaga y poder sobrevivir con ella mientras nos sumergimos en el pantano del desencanto y la decepción. Permite sintetizar los pedazos de vida que se encuentran tirados en el piso, como también realizar un encuentro a solas con el pasado, el presente y el infatigable fantasma del futuro; con las marcas que quedan en la piel y no cicatrizan. Resulta una manera de sobrellevar los pensamientos que agobian. Nos ofrece un lienzo que espera ser trabajado pero que en últimas no es suficiente. Si bien es un grito necesario en medio del desierto, que brinda la posibilidad de desatar momentáneamente los nudos que atraviesan la garganta, no anula la sensación de ahogo que debilita. De esta manera las palabras toman forma de lágrimas que se dejan ser; la funesta consecuencia del desmembramiento de la vida.

El arte se concibe en muchos espacios como una actividad egoísta e individual, lo cual es válido en la medida en que resulta condenable atribuirle fines humanitarios o de beneficencia, porque todo arte que sea relacionado con la moral, con la religión, o con otro tipo de fin, pierde validez. Es aquí donde enlazo lo anterior con la más importante de las características de la teoría del arte por el arte (propio del siglo XIX) en el que se le niega a la obra literaria todo fin utilitario y a la vez cualquier posibilidad de propaganda. Así, la obra en general debe pensarse como un ente que no necesita postular ideologías con el propósito de adoctrinar mentes, ya que parte de un enfrentamiento personal, del ser consigo mismo, en su completa desnudez, dejando entrever su lado desagradable y al mismo tiempo bello, siendo en esa medida en que se encarga finalmente de romper cualquier compromiso más allá de la relación íntima con el yo.

Considero hasta este punto, que no se escribe para llenar vacíos sino para darles una forma medianamente llevadera, buscando completar recuerdos que la memoria no permite conservar y así llegar a un pacto amigable con la materia. Resulta una forma de evitar los pedazos de vidrios dispersos en el aire que respiramos porque se hace necesario evadir la realidad de alguna forma. Las abrumadoras maneras como la vida nos conmueve salen a relucir en este espacio, así como también la incapacidad de manifestar los afectos y las pasiones. Es un ejercicio que despeja la mente, el ruido, ordena simbólicamente lo que carece de orden, nos revela secretos sin darnos cuenta y nos enseña sobre nosotros mismos. Es una forma segura de llevar los deseos a otro plano: al acto, un acto imaginario y solitario. Una implosión que asegura los escombros en nuestras propias manos.

Situarse mientras se lleva a cabo este acto, lo es todo. No se lleva la carne agujereada ni se logra sobrevivir en una tumba mal cerrada en vano. Conectarse con el pantano de la memoria no es tarea fácil, resulta fatigoso y en ocasiones devastador. Y se trata precisamente de eso; de confrontar todo el cansancio acumulado en los huesos y el que se desplaza cínicamente por la sangre. Así, quien escribe se encuentra encerrado en un silencio que no tiene ventanas, que busca cubrir la oquedad con hojas secas para disimularla. En últimas es una forma de apiadarse de las lágrimas, ponerse en cuclillas para que su recorrido sea más corto y menos angustioso. Porque no hay recuerdos piadosos, se escribe.

Escribir brinda la posibilidad de deambular por el atajo, el más emocionante camino, convirtiéndose el propio ser en una vía obligada a recorrer, atiborrada de las más repulsivas bestias que esperan nuestros pasos. Se escribe para matar tanta muerte, para

disipar nuestro estado de congelamiento. Sin duda, es tener siempre a la vista y a la mano la salida de emergencia que lleva a otro caos igual o más grande. Los malos momentos no piden buena cara, piden su lugar, y qué mejor oportunidad y espacio que la escritura para ello. Cada quien ordena sus pedazos como mejor lo prefiera. Escribir resulta la más arriesgada forma porque implica instalarse de por vida en el mundo del inconformismo, acostumbrados a encontrarnos ante un alma que se desborda, cargando una vida reducida al malabarismo, donde toca asesinar los dioses y hacerlos trizas porque no hay tiempo para adorarlos, porque se está ante un cúmulo de palabras que revientan y mutan con una extraña agilidad.

No es sorpresa encontrar entre quien escribe, vidas construidas hacia adentro, con la fe desgastada, casi nula, siendo testigos de un mundo exterior que no satisface, que se presenta como una total incomodidad, sin encontrar complicidad con absolutamente nada, en donde todo es incierto y desagradable. Vidas que insisten en reconocer sus propias miserias y rendirles culto, dado que toman la forma de la piedra que llora por dentro, desangrándose con cada paso que da, cantándole a la propia ausencia porque no se es más que una constante fuga, con el habitual cansancio de sostener las mismas vísceras, huyéndole a la realidad que hostiga, cercena, que imposibilita cualquier movimiento.

Quien escribe posee el privilegio de tomar lo que le apetezca de la realidad, desde lo más simple hasta lo más ininteligible. Me remito por ejemplo al cuento *El Aleph* de Jorge Luis Borges. Hago la referencia considerando que el escritor se enfrenta a una suerte de Aleph que le permite verlo todo con meticuloso detalle, teniendo la capacidad de aguzar sus sentidos sin pasar nada por alto. Se vuelve capaz no sólo de observar sino

también de adueñarse de lo que ve; porque todo lo toca, todo lo emociona, todo lo angustia, todo lo hiere, en todo encuentra un punto de quiebre. Para enmarcar la relación que señalo, encontramos que el Aleph alude a: “El lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos [...] En ese instante gigantesco, he visto millones de actos deleitables o atroces...” (Borges, 1968: p.190). Se convierte en algo personal que a la vez no lo es, es decir, absorbe todo ese material público adherido a las distintas realidades que están a disposición de todos, pero se vuelve íntimo en la medida en que lo hace propio para manifestarse o rebelarse contra eso. Se resume quizá en la posibilidad de poder sentir ese mundo resquebrajado con las dos manos, un mundo áspero hecho realidad inerte. Mundos de los que el escritor extrae sus relatos, ficciones que finalmente van más allá: representando así la muestra de una capacidad para transformar todo ese vasto material con ayuda del lenguaje en algo que merece ser contado y que logra ser palpable en todo sentido para quien lo lee. Si bien estos relatos no reflejan en estricto sentido la vida o la experiencia del escritor, sin duda muestran una visión y la posibilidad de que el lector se vea reflejado en ese mundo. A propósito, decía Mario Vargas Llosa en su libro *Carta a un novelista joven* (1997):

La raíz de todas las historias es la experiencia de quien las inventa, lo vivido es la fuente que irriga las ficciones. Esto no significa, desde luego, que una novela sea siempre una biografía disimulada de su autor; más bien que en toda ficción, aun en la de imaginación más libérrima, es posible rastrear un punto de partida, una semilla íntima, visceralmente ligado a una suma de vivencias de quien la fraguó. (Vargas, 1997: p.21)

La decisión de asumir el acto creativo simplemente como oficio para defenderse de cualquier invasión o amenaza es relativa, sin embargo puede parecer lo contrario dado que como ser limitado por su condición humana el escritor en este caso sólo goza de la posibilidad de la palabra como arma ante la guerra que se exhibe frente a sus narices. En otras palabras, la literatura como travesía no se muestra gratuita ni mucho menos inocente, hay mucho más detrás de lo que habitualmente se le atribuye a este oficio; y aquí encontramos la carga de rebeldía reflejada hacia un sinnúmero de imperfecciones en ocasiones evidentes que lo caracteriza todo. En últimas esto confluye en el mismo lugar: se sustituye en forma de ensueño la realidad concreta y objetiva por el etéreo mundo de la palabra.

Frente a la escritura se descubre que es posible reconocerse, encontrando en ella un bastón porque el mismo ser se vuelve completamente inasible. Escribir se transfigura en ese espacio que a diferencia de otros permite ser, soñar, idealizarse; espacios mucho más habitables que nos despojan de tanta fatiga. Es la búsqueda por abrir la puerta de la evasión, la fuga del yo que se transfigura no sólo en el desprendimiento de determinadas condiciones y circunstancias sino de sí mismo como enemigo. A la vez trae a cuevas un olvido que no se desliga de la responsabilidad del hombre con su propia condición y múltiples realidades. Es fácil para quien escribe encontrar y sentir la mediocridad y la vileza de la vida palpitándole en la sien como un invitado frecuente. La naturaleza y el significado del acto creativo se plasma desde la más profunda intención por intercambiar lo que representa un mundo ya definido por otro por definir. En ese sentido, convendría preguntarse entonces sobre en qué radica la singularidad; si sobre lo que la escritura hace con el sujeto, o sobre lo que hace el sujeto con la escritura. Sin duda, ambos enfoques llevan un grado considerable de importancia, probablemente sin

necesidad de desligar lo uno de lo otro. El primero porque representa al sujeto atravesado por el arte; hombre expulsado del mundo, dueño consciente de su miserableza, sinopsis de una serie de circunstancias que no sólo devela una realidad sino que a la vez la confronta, el recorrido en soledad de los mismos caminos una y otra vez como vicio. El segundo porque indica por un lado las herramientas formales de las cuales se vale éste para construir la embarcación a la cual se va a subir; en otras palabras, para qué toma el lenguaje y qué hace con él, y por el otro, el uso de la escritura como modo de resaltar las partes inconsistentes de la vida, de la realidad.

De otro lado, no habría por qué desligar el lenguaje y sus formas de la pista de aterrizaje que representa la escritura en tanto posibilidad de aislamiento si tenemos en cuenta que el espacio de la creación revela la condición más inestable y limitada del ser. Es así como hablar de la escritura sin mencionar la soledad puede resultar imperdonable. Sin embargo, no está de más aclarar que cuando hablo de la soledad, hago alusión a una soledad elegida, que más allá de ser concebida como un abandono es una soledad particular porque reposa en una consciente elección, poniéndola incluso en términos de recogimiento. La condición de quien escribe forma al ser solitario, lo fecunda y lo arrulla incondicionalmente. Para algunos esa soledad se convierte en el cuchillo que se introduce en el estómago cada vez con más presión, acompañada en su mayoría de una sensación no sólo dolorosa sino también placentera porque con el paso del tiempo llega más hondo y escruta los lugares que aún desconocemos de nosotros mismos. Se muestra incluso como una manera de abusar desde la tumba de la invisibilidad que se ha elegido.

En relación a lo anterior, las teorías que manejan Blanchot (1969) y Bachelard (1993) acerca del espacio literario son particularmente esclarecedoras. Al respecto, en su libro *El espacio literario*, Blanchot reflexiona que todo lo que conforma la soledad del escritor es el resultado de lo que antecede al texto mismo. Así, escribir resulta una suerte de confirmación de la soledad, teniendo en cuenta que esta se acomoda a la existencia como resultado de una conquista intransferible que justifica el acto creativo. Bachelard por su parte, en el libro *La poética de la ensoñación*, discurre en que la soledad creadora no se muestra separada del mundo en general sino en solidaridad con él. Habría que decir entonces que la escritura surge de cultivar las distintas experiencias que se tienen, sin olvidar que el ser humano a causa de su complejidad pretende encontrar formas particulares de relacionarse con el mundo y es en la soledad donde precisamente encuentra un modo de hacerlo. La literatura se engendra en las más oscuras entrañas de la soledad. Franz Kafka por ejemplo era partidario de esta premisa al igual que Balzac, Proust, Auster e incluso Gabriel García Márquez<sup>2</sup>, entre muchos otros escritores. Veamos por ejemplo lo que decía Kafka en una de sus cartas a Felice Bauer:

No te espera la vida de esa mujer feliz que tú ves caminar ante ti, no te espera la alegre charla, cogidos del brazo, sino una vida monacal al lado de un hombre afligido, triste, callado, descontento, enfermizo, quien –cosa que podría parecerte una locura— está atado con invisibles cadenas a la literatura, y que prorrumpe en gritos cuando uno se acerca a él, porque, según afirma, se tocan sus cadenas. (Kafka, 2003: p.155)

Esta idea tiene su punto de encuentro con ese estado de introspección al que se llega cuando se entrega la vida y el alma al arte, probablemente no como el fiel deseo de construir, sino como respuesta al poder que ejercen las palabras sobre el escritor, o mejor aún, como una intoxicación irremediable de mundo que busca inútilmente ser sanada con la escritura. Ahora, partiendo de la idea de que escribir es participar de una soledad consciente y también entregarse al riesgo de la ausencia, María Zambrano reflexiona a partir de dicha relación y menciona que:

Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas. Pero es una soledad que necesita ser defendida, que es lo mismo que necesitar de justificación. El escritor defiende su soledad, mostrando lo que en ella y únicamente en ella, encuentra. (Zambrano, 2000: p.3)

Como complemento a esto considero importante señalar que la soledad llega a ser aceptada en la medida en que es vista no como una obligación sino como un trayecto que exige indagarse en el silencio y despreciar no sólo aquel ruido que incomoda y que se presenta inútil sino también todo aquel que no entienda los distintos modos de habitar el mundo. Sin duda esta postura es un modo bastante particular de resistirse a las dinámicas comunes que caracterizan a ese ser conforme con su realidad. Defender la soledad es defender un espacio propio que se torna innegociable porque se opone a la manera hostil que somete al individuo y lo desarma.

Por otro lado, a diferencia de lo que muchos pudieran pensar, escribir no es una tarea digna de envidiar. Detrás de quien escribe no sólo hay un sinnúmero de preguntas sin respuestas, sino también una acumulación de inconformidades, incertidumbres y demonios que con cada segundo toman una forma más consistente, se encuentran reposando en nuestra cama esperando que llegemos a recostarnos sobre ellos para carcomernos la carne porque piden a gritos ser nombrados. Hay en quien escribe una urgente necesidad de escapar, un desencanto por la vida y por todo aquel esfuerzo que ésta requiera para mantenerse. En este punto acudo nuevamente a Blanchot cuando dice:

Mientras escribe, la obra es el círculo puro donde el autor se expone peligrosamente a la presión que exige que escriba, pero así también se protege [...] Se dice a menudo que el artista encuentra en su trabajo un medio cómodo de vivir sustrayéndose a la seriedad de la vida. Se protegería así del mundo donde actuar es difícil, para establecerse en un mundo irreal en el que reina soberanamente. En efecto, es uno de los riesgos de la actividad artística: exiliarse de las dificultades del tiempo y del trabajo en el tiempo sin renunciar, sin embargo, al confort del mundo ni a las facilidades aparentes de un trabajo fuera del tiempo. A menudo el artista parece un ser débil que se acurruca perezosamente en la esfera cerrada de su obra [...] el artista que se ofrece a los riesgos de su experiencia no se siente libre del mundo sino privado del mundo, no dueño de sí, sino ausente de sí, y expuesto a una exigencia que, al arrojarlo fuera de la vida y de toda vida, lo abre a ese momento en el que no puede hacer nada y en el que ya no es él mismo. (Blanchot, 1969: p.46)

En ese sentido, el arte en general permite crear nuevas posibilidades de vida en la medida en que es el resultado de la metaforización de una visión particular del mundo o de una realidad fija e inmutable, lo cual no implica un divorcio definitivo del mundo en el que se está sino más bien un posicionamiento. Así, escribir no es el refugio que va a salvar a cualquier mortal de sus molestias o problemas, todo lo contrario, es una confrontación interna que cada vez se torna más insoportable, es el encerrarse en una cárcel con la propia podredumbre. Por ello no hay nada más contundente que la agonía que el escritor refleja en sus palabras. Lo que queda luego del exorcismo que es la escritura no es en absoluto agradable: la escritura no garantiza una salvación; en el mejor de los casos una pérdida irrecuperable. En este punto, imposible no recordar a Henry Miller en su libro *Mi vida y mi tiempo* (1978) cuando menciona:

Muchas veces miro a la gente ordinaria, común, humilde y la envidio. Los admiro. No cuestionan como nosotros estamos ahora cuestionándonos a nosotros mismos o cuestionando al mundo y sus formas de ser. Nunca han levantado sus voces de esta manera. Han tomado lo que se les ha ofrecido y lo han hecho. En cierta forma hay algo bello y noble en eso. Son almas sencillas [...] han aceptado su destino. (Miller, 1978: p.104)

Diría que es como si temiéramos a la confrontación (aun cuando lo hacemos), a lo que implica rebelarse ante las formas y ante nosotros mismos, probablemente porque tenemos la certeza oculta de que el movimiento de la mano no implica más que eso: un desgaste emocional que no promete diferencias ni anulaciones. Quizá por eso en muchos reposa la preferencia utópica de un mantenerse inocente, de desconocer las

formas y sus implicaciones, de llevar una vida normal y matar cualquier propensión a la inconformidad.

Análogo a esto, teniendo en cuenta que posiblemente algunos hechos que enmarcan la vida de quienes escriben sirven como motor adicional para llegar a ese campo, el acto creativo mantiene una estrecha relación con la memoria, la cual se puede entender como el espacio en el que se encuentran distintos ángulos del tiempo, es decir, no se restringe solamente a la noción de pasado que indiscutiblemente prima en la escritura, sino que también se abre hacia el presente e incluso hacia el futuro visto como la posibilidad de una constante incertidumbre. En este punto, Vivian Gornick quien trabaja el tema de la memoria y lo que ésta representa en el proceso escritural, señala que:

La memoria no es testimonio ni fábula ni transcripción analítica. Una memoria es una obra de sostenida prosa narrativa controlada por una idea del yo obligado a extraer de la materia prima de la vida un relato que modele la experiencia, transforme los acontecimientos y proyecte sabiduría. En una memoria la veracidad no se logra a través de una retahíla de hechos reales, sino cuando el lector se convence de que el autor se esfuerza por comprometerse e identificarse con la experiencia que aborda. Lo que importa no es lo que le haya ocurrido al autor; lo que importa es el amplio sentido que el escritor sea capaz de extraer de lo ocurrido. Y para eso se requiere imaginación literaria (Gornick, 2003: p.87).

Es así como en la memoria se guarda un material diferente en cada uno de nosotros, que en muchos casos impulsa el acto creativo. Escribir va más allá de una preocupación por la forma: es el engranaje entre una búsqueda interior, una forma extraordinaria de percepción y una práctica habitual que no cesa. Más que adherirse a técnicas sueltas, la

representación de sensaciones y sentimientos (sean cuales sean) resulta fundamental para crear realidades o mundos alternos. La memoria se presenta como un recurso que permite moldear una realidad haciendo de ella el blanco preciso al que la palabra debe apuntar sin misericordia alguna. Es a través de la memoria que se busca el propósito de mantener un nivel de indagación y conocimiento de la realidad interior, ese que es propio y que los demás desconocen. De manera que la memoria es el baúl en el que se conservan todos los acontecimientos que se producen sin sentido, sin explicación, situaciones dignas de ser atesoradas y que por encontrarse allí, ya no son, y por ello se transfiguran automáticamente en nostalgia más que en dichas. Luego, eso que almacenamos allí, a veces de manera inconsciente, es con lo que el hombre se mantiene en constante lucha, ya pasa de ser un paisaje digno de ser contemplado para transformarse en una batalla a muerte: la memoria como un amplio terreno en el que se gestan significativas luchas de las que buscamos a toda costa salir bien librados. Representa también un modo de mostrar cómo se involucra la memoria en las acciones, experiencias y en cada paso que damos. Ocasionalmente adornada de bellos jardines, pero también de profundos pantanos repletos de bestias que esperan su momento.

Este libro de cuentos sin dudas es el reflejo de las criaturas que se hospedan en el lodazal de mi memoria. Tengo plena conciencia de que es imposible acabar con ellas, pero mientras tenga la posibilidad de nombrarlas, podré complacerlas y alimentarlas con lo que queda de mí. Las voces que aquí hablan han logrado mi propio exilio, y ese indudablemente también es un modo de habitar el mundo y de fijarle un sentido (quizá no merecido) a lo que me rodea. Así mismo, llevo el peso de un inagotable murmullo que me persigue, dándole de comer inconscientemente a la inocente idea de que podría el lenguaje cambiar mi realidad, pero sabiendo en el fondo que de muy poco sirven las

palabras. Aun cuando doy varios pasos adelante y de inmediato forrada en miedo debo retroceder, con un velo negro en la mirada.

## II

### **El oficio de la creación literaria más allá de la fórmula**

*Si el escritor está interesado en la técnica, más le vale dedicarse a la cirugía o a colocar ladrillos.*

William Faulkner.

La idea de hacer literatura empleando una serie de pasos o instrucciones da cabida a un oficio que no podría ser llamado arte sino más bien una especie de ciencia exacta que estaría a disposición de todo aquel que de un día para otro (sin el más mínimo conocimiento de lo que este acto implica) se le antojara escribir poesía o narrativa. Mi proceso de investigación, encaminado a fundamentar teóricamente distintos aspectos en cuanto a la creación literaria, me ha llevado a encontrar diversos puntos de vista acerca de lo que involucra este acto. La mayoría de posturas apuntan a que de una u otra forma, la sola idea de escribir lleva en sí misma una serie de elementos que pueden limitar a quien intente hacerlo en una búsqueda desesperada por un reconocimiento o por el simple hecho de ser llamado o llamarse a sí mismo Escritor.

Manuales acerca de cómo adquirir una técnica para escribir hay miles, dirigidos no sólo a quienes están familiarizados con este oficio sino también a quienes no lo están, que muy detalladamente van desde la manera cómo se debe crear un personaje con unas características específicas, pasando por el tipo de narrador que conviene utilizar, hasta llegar a las intenciones del autor al momento de crear un relato, asunto que muy bien podría ser sometido a discusión teniendo en cuenta que los autores de estos manuales escasamente tienen antecedentes literarios serios y de admirar. Los escritores a quienes les debemos las gracias por sus grandes obras, evitaron dedicarle tiempo a escribir

manuales de cómo hacer para convertirse en un excelente escritor, salvo uno que otro caso, afortunadamente.

Ahora bien, podría sin ningún problema explayarme aludiendo al plano de la forma en cuanto a narrativa se trata, mencionando algunas anotaciones sobre el cuento como género literario y un sinnúmero de pautas importantes al respecto, para lo cual hay una fuente bibliográfica extensa y con mucha claridad, pero el punto radica en que definitivamente esto no va a proporcionar los instrumentos necesarios para –por ejemplo- escudriñar en la memoria o en la propia experiencia para crear un relato con todo lo que ello comprende más allá de las particularidades formales, teniendo en cuenta que quien se encuentra en este terreno debe poseer suficiente claridad para precisar que cuando hablamos de un escrito literario, ya sea novela, cuento o poesía, éste indiscutiblemente requiere de unas características especiales que la distingan de otras manifestaciones habladas o escritas. Sin duda alguna el resultado final de ese proceso de escritura debe ser en su totalidad armónico (y con esto no hago referencia a ese concepto escaso de belleza) y artístico (lo cual no tiene necesariamente que aludir a algo complicado o demasiado elaborado) para que pueda entrar en unos parámetros considerados tradicionalmente como propios de la creación literaria.

Me resulta importante aclarar que no intento menospreciar dentro de este trabajo las teorías narratológicas ni mucho menos los antecedentes que rodean el campo de la creación en general, ya que, se enmarcan precisamente en el proceso no sólo reflexivo que se ha venido gestando desde tiempo atrás sino también de tipo descriptivo y en cierto modo formal que apunta finalmente al lenguaje utilizado como herramienta que

se deforma dejando de ser transparente para mostrar, encubrir o sugerir algo en específico.

Sabiendo de antemano que en cada individuo pueden haber inclinaciones diferentes sobre por qué escribir, considerando todas válidas en su particularidad, en la pregunta con respecto a si el escritor posee esa marca desde que nace o si por el contrario es el resultado de un aprendizaje, encontramos un interrogante que viene de muchos siglos atrás dando cabida a infinitas divagaciones y elucubraciones que hasta el día de hoy van en diferentes direcciones. Vemos por ejemplo lo que nos señalan diversos antecedentes histórico-religiosos que aluden a una suerte de Pneuma<sup>3</sup>, es decir, a la existencia de un agente inspirador que actúa desde fuera del hombre y cae sobre éste llenándolo de un soplo divino traduciéndose en una posesión divina. Me refiero en ese sentido a una voz misteriosa que actúa como iluminación, como sucedía por ejemplo en el caso de Filón de Alejandría, quien para la creación de sus obras en algunas ocasiones con la intención de hablar o escribir sobre algún tema, su entendimiento era incapaz de crear y organizar una sola idea. En otros momentos, por el contrario, se encontraba de repente iluminado y le parecía que arribaban en él las ideas no de sí mismo, sino de un agente externo.

Así, la escritura como prodigio de la magia o como resultado de la llegada de una musa es bien concebida por muchos escritores. Se considera la opinión de que el escritor nace y luego se hace, es decir, antes de pasar a la etapa de aprendizaje que va enmarcada de disciplina, trabajo y mucha lectura, se debe tener necesariamente lo que se llama Don, o en otras palabras una vocación sin la cual resulta imposible aprender este arte en su complejidad. Don o vocación que se traduce también en el discernimiento entre lo que vale la pena contar y lo que no.

Hablar de El escritor sin duda va más allá de la simple idea de alguien que cuenta historias, tiene que ver específicamente con una manera singular de ver el mundo, me atrevería a decir que lo articula una forma particular de apreciación de las cosas y sus formas, todo un enjambre de detalles y minucias que pasan desapercibidos a la vista de un sujeto corriente. Se trata de la capacidad de hurgar en lo común y encontrar en lo común lo extraordinario. Aun así, afirmar que existen personas que nacen con el don mágico de la escritura resulta arriesgado, por eso, preferiría hablar de una suerte de Percepción singular; esa mirada que marca la diferencia entre quien escribe y quien no lo hace. De este modo, no es un error pensar que cualquiera puede llegar a escribir bien, sin embargo, y esto resulta importante: no todo aquel que escriba bien va a tener en sus manos la posibilidad de trabajar la palabra como arma simbólica contra las formas convencionales o como elemento que permite nombrar a través de la metáfora.

Paralelo a esto, en el ámbito literario, hay quienes coinciden al decir que el texto más provechoso en cuanto a la técnica para escribir cuentos es el ensayo llamado *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos* (2011) de Juan Bosch, considerado un maestro de la narrativa latinoamericana. En este texto Bosch señala varios puntos claves, entre los cuales afirma que “lo primero que debe aclarar una persona que se inclina a escribir cuentos es la intensidad de su vocación. Nadie que no tenga vocación de cuentista puede llegar a escribir buenos cuentos.” (Bosch, 2011). Así mismo, habla no sólo de una capacidad en el cuentista para aprender a distinguir entre dónde pueden encontrar tema para un cuento y dónde no, sino también de la importancia de que éste conozca la técnica del género, la cual se adquiere con práctica más que con estudio. Al final de su ensayo, concluye diciendo:

Escribir cuentos es una tarea seria y además hermosa. Arte difícil, tiene el premio en su propia realización. Hay mucho que decir sobre él. Pero lo más importante es esto: el que nace con la vocación de cuentista trae al mundo un don que está en la obligación de poner al servicio de la sociedad. La única manera de cumplir con esa obligación es desarrollando sus dotes naturales, y para lograrlo tiene que aprender todo lo relativo a su oficio; qué es un cuento y qué debe hacer para escribir buenos cuentos. Si encara su vocación con seriedad, estudiará a conciencia, trabajará, se afanará por dominar el género, que es sin duda muy rebelde, pero dominable. Otros lo han logrado. Él también puede lograrlo. (Bosch, 2011)

Lo curioso es que no resulta sencillo tomar una postura frente a lo anterior. Sea como sea, decir que “el que nace con la vocación de cuentista trae al mundo un don que está en la obligación de poner al servicio de la sociedad” (Bosch, 2011) puede lograr que cualquiera con plena conciencia de esas palabras se tire de un puente sin pensarlo dos veces, entonces regresaríamos a la concepción del arte comprometido con fines humanitarios y de beneficencia que resulta tan problemática. Así, podemos distinguir en la cita de Bosch que dentro de este proceso de escritura hay dos elementos que pueden impedirnos una vista clara de todo. Por un lado, como él afirma, se trata de un don, de una vocación que debe ser alimentada, cultivada si se desea conservar, lo cual se logra manteniendo un estudio dedicado a los componentes formales de este oficio. Por el otro lado, menciona la idea de que este don puede ser transmitido, enseñado, poniéndolo incluso en términos de una obligación con la humanidad.

Encontramos que luego de esta mentalidad que le da prioridad a la idea de la musa que desciende en forma de inteligencia creadora y capacidad artística que sin duda fue característica fundamental en siglos anteriores, surge un nuevo pensamiento alrededor del cual se crea un halo de conciencia que concede al creador mucho más cuidado y propiedad con lo que hace y con su posición frente a ello. El creador empieza a teorizar sobre su oficio y piensa de manera seria sobre su probable “inspiración”, posteriormente lo concibe más allá valorándolo como un verdadero trabajo: “El poeta ya no se siente o no se quiere sentir a merced del arrebato, del delirio que le posee.” (Zambrano, 1996: p.83). Es la entrada de la creación como un trabajo arduo, respuesta de un dominio total de la conciencia.

Luego se encuentran quienes conciben el arte de escribir en términos estrictamente técnicos: por ejemplo, quienes hacen énfasis en la construcción de la trama dentro del relato como resultado de búsquedas y trabajo serio, dejando de lado un sinnúmero de componentes que suelen ir más allá de la parte estructural propiamente dicha. Recordemos por ejemplo El formalismo, originado en Rusia en la segunda década del siglo XX y fue “el primer movimiento crítico ruso que se ocupó sistemáticamente a los problemas de ritmo y métrica, de estilo y composición” (Erlich, 1955: p.26), lo cual se tradujo básicamente en la defensa de la autonomía del lenguaje poético y del hecho de que la obra literaria es producto de una técnica y no de secretos innombrables. Un ejemplo clave es el ensayo publicado por Edgar Allan Poe en 1846, llamado *La filosofía de la composición*. En este ensayo él muestra detalladamente todas y cada una de las pautas que utilizó para la creación de su poema *El Cuervo*<sup>4</sup>. En el cual, además, rechaza rotundamente la idea de la inspiración que llega en forma de musa y que resulta el único motor para la creación de la obra literaria. Poe es muy enfático al afirmar que su poema

fue producto de un arduo trabajo casi matemático, explicando aspectos totalmente formales. En su ensayo comenta:

Muchos escritores, especialmente los poetas, prefieren dejar creer a la gente que escriben gracias a una especie de sutil frenesí o de intuición extática; experimentarían verdaderos escalofríos si tuvieran que permitir al público echar una ojeada tras el telón, para contemplar los trabajosos y vacilantes embriones de pensamientos [...] En cuanto a mí, no comparto la repugnancia de que acabo de hablar, ni encuentro la menor dificultad en recordar la marcha progresiva de todas mis composiciones. (Poe, 2010)

En este punto se debe andar cuidadosamente, pero sí convendría retomar algunos puntos claves ya mencionados y tratar de respondernos si ¿es acertado pensar que las habilidades formales que se adquieren para desempeñar un buen proceso escritural son suficientes para desenvolverse dentro de la creación literaria?

Ahora, más allá de un don, hay elementos de los que se alimenta la escritura y que lamentablemente todos no poseen por una u otra razón. Hablo de la percepción como una habilidad para el descubrimiento, en últimas una posición que dice mucho de este oficio. Esto porque efectivamente hay en quien escribe un nivel de percepción extraordinario que no se improvisa, un modo de contemplación agresiva. Hablo de la posibilidad de detectar cosas que no son evidentes ante los ojos de cualquiera; podría pensarse en el tejido de una araña que por encontrarse allí, con su textura adherente, susceptible a cualquier cosa, puede atrapar desde una criatura con vida hasta el más repulsivo de los desechos. En ese sentido, todo se hace más complejo. Nadie en sus cinco sentidos desea saber o ver más de lo que debe, hacerlo implica una cadena de

inconformidad interminable que desemboca finalmente en el arte, en este caso, la escritura. El arte se ha visibilizado como el espacio en donde confluye la inconsistencia de la vida, del ser mismo. Nos encontramos ante la capacidad de detectar cosas que desfiguran la estancia misma del ser en la tierra.

La escritura es un oficio que no admite improvisaciones. Sin duda, se puede perfectamente aprender técnicas para escribir de una manera correcta o acertada, ya sea para construir personajes o consolidar una voz dentro de un relato, pero el arte de crear mundos alternos que se torna mucho más difícil de aprender, va más allá de una mera técnica. Escribir es un proceso lleno de curiosidad y observación, de detalles minuciosos. Henry Miller, en la entrevista hecha a escritores por la revista *The Paris Review Interviews*, alude al artista diciendo que “es un hombre que tiene antenas, que sabe cómo captar las corrientes que están en la atmósfera, en el cosmos; el artista sencillamente tiene la capacidad de captar, por decirlo así.” (González, 1968: p.121) Este comentario sin duda resume todo lo que intento decir, ya que tanto esa capacidad de la que habla Miller, como muchas otras, sin duda pueden ser adquiridas en el transcurso de la vida de todo hombre pero que indudablemente vienen de la mano de otros factores importantes como lo son el medio en el que el escritor se desenvuelva desde pequeño, o en su defecto, de las posibilidades e imposibilidades que tenga. De ahí en adelante podríamos entrar en un campo mucho más espinoso como la composición biológica de cada ser y que quizá resultaría decisiva a la hora de éste desarrollar ciertas aptitudes, pero es algo que no nos interesa en este momento. Laura Freixas en su obra *Taller de narrativa* señala en relación a lo mencionado:

La idea de que a escribir se aprende, y de que se aprende en grupo, con un maestro, con ejercicios y prácticas, en el marco de una institución, provoca una extrañeza que a su vez nos extraña. ¿Qué tiene, en efecto, de particular que la escritura se aprenda? Por supuesto, no se aprende el talento, ni la vocación, pero la escritura, como todas las artes, incluye también una parte técnica. [...] Quizá el malentendido viene de que no se distingue claramente entre alfabetización y literatura, entre escribir y componer un texto literario. Cualquiera que tenga estudios medios o superiores, sabe, literalmente, escribir; pero saber escribir, es decir, redactar correctamente, no basta para crear una metáfora, forjar una intriga o escribir un monólogo interior. (Freixas, 1999: p. 25)

Lo anterior puede aclararnos muchas dudas, porque si bien el escritor trabaja con una serie de reglas y elementos, no se trata estrictamente de cómo emplearlos. También hay que señalar que no es una cuestión de imprescindible necesidad la de acudir a la teoría para aprender técnicas, ya que con el hecho de mantener una constante e infatigable lectura y escribir tanto como sea posible, sin duda alguna las capacidades se afinan: la buena literatura ayuda a ajustar un estilo propio o adquirir una agilidad sorprendente a la hora de escribir, como también son fundamentales los principios gramaticales que resultan de suma importancia. Podríamos agregar que en el oficio del escritor el conocer teorías narratológicas, poéticas (dado el caso) o la historia universal de la literatura no se convierte en una camisa de fuerza. De este modo estaríamos hablando de un punto más a favor de quien decida hacerlo pero no por ello mucho más fácil. Queda claro entonces que el oficio como tal requiere de algo que no se encuentra en los libros, y debo aclarar en consonancia con la postura que he planteado hasta el momento, que no me refiero a una ofrenda divina ni a la agilidad o desenvolvimiento

para escribir relatos literarios como Don. Creo que más bien convendría preguntarse: ¿De qué se trata realmente ese impulso creador que lleva a la mayoría de los escritores a mantener una relación de constante seducción con las palabras en muchos casos fuera de parcelas formales? ¿Dónde radica verdaderamente la mística de la creación? ¿En qué lugar y momento se gesta esa capacidad para convertirlo todo en palabra, de nombrar lo que no tiene nombre? Hay detrás de todo lo concerniente al arte un misterio que no busco resolver en este trabajo, sin embargo aun cuando muchos creadores y estudiosos del arte han intentado formular teorías solidas alrededor de estos interrogantes, nos seguimos manteniendo a la orilla de un abismo tratando de descifrar lo que se encuentra en el fondo de este.

Al mismo tiempo, y son preguntas igualmente para mí: ¿Qué nos impide pensar en la posibilidad de que hay algo de indescifrable y oculto en el arte en general, que va más allá del ejercicio práctico y contundente? ¿Por qué no creer que lo mismo que impulsa al pintor, al bailarín o al cantante a sumergirse en su campo no es lo mismo que lleva al escritor a valerse del lenguaje para moldearlo y darle sentido a eso que lo rodea? ¿Qué de extraño tendría creer en una “misteriosa vocación” cuando se cree en un dios que desde el cielo “todo lo controla”? ¿Acaso la fuerza que hace posible que se realice la escritura y que a veces reconocemos como la constante pulsión de quienes se buscan en ella es algo que simplemente no debemos conocer o que no es susceptible de entendimiento?

Sin duda, todos estos interrogantes, que no me interesa aclarar, apuntan a una incansable exploración e indagación tanto propia como colectiva dentro de un campo que nos ofrece múltiples reflejos de la realidad. Finalmente, el reto se encuentra en la

capacidad de simbolizar lo inaprehensible que se esconde en la propia condición humana. De la misma manera, considero que hay que tener clara noción de que todo intento por aprender a escribir al margen de aquello que conforma la parte humana y personal del ser, naufragará. En otras palabras, todo el sinnúmero de teorías sobre la creación literaria pueden resultar a veces perjudiciales si se deja de lado toda la carga íntima, de experiencia y reflexión que lleva consigo este oficio. Es por ello que no me interesa la escritura como el producto de la implementación de técnicas e instrucciones que se reproducen en busca de patrones, sino fundamentalmente como proceso y utilización que de ellas hacen los sujetos a través del uso literario del lenguaje en una búsqueda o necesidad para decantar y moldear la realidad que se nos muestra aparentemente rígida e inmutable.

## Notas

---

<sup>1</sup> Me permito hacer una aclaración en cuanto a las palabras de John Dos Passos y se trata del carácter literal de la cita: indiscutiblemente no se trata en sentido estricto de que los escritores muestren una autobiografía en todo lo que escriben, la escritura se presenta como un espacio en el que confluyen todas las inconformidades que nos habitan, ya que todo nos hiere, nos inquieta, y nos provoca, porque precisamente sucede no sólo en nuestro contexto más íntimo sino también en uno más global. El punto de partida de todo relato tiene su inicio en algo que hemos visto, que hemos sentido, que se nos transforma en parásitos en las entrañas, que hemos imaginado, y en ese sentido nos ha pasado, aun cuando cualquiera de esos sucesos decidamos transformarlos en su contrario, aun cuando sólo sea un detalle el que nos haya ocurrido y el resto fluya libremente a partir de allí. Entonces, el punto no está en que la escritura obedezca al pie de la letra los eventos que nos han ocurrido, sino más bien que estos eventos, desde el más mínimo e insignificante, funcionen como impulso creador.

<sup>2</sup> Kafka afirmaba que todo cuanto había realizado era sólo un logro de la soledad. Balzac por su parte, acostumbraba a encerrarse en una habitación secreta en París, ocultándose de sus acreedores y produciendo la *Comédie Humaine*. Proust, igualmente era prisionero de su habitación donde le dedicaba mucho de su tiempo a la escritura. Auster por otro lado, consideraba que cuando se estaba más solo, cuando se penetraba verdaderamente a un estado de soledad, era cuando se dejaba de estar solo, cuando comenzaba a sentir su vínculo con los demás. Y por último, Gabriel García Márquez señala que escribir es el trabajo más solitario del mundo, en el que se está como un naufrago en medio del mar.

---

<sup>3</sup> Entendido como una especie de soplo vital o aire vital, espíritu animador.

<sup>4</sup> Poema narrativo que fue publicado por primera vez en 1845 y constituye su composición poética más famosa. Son notables su musicalidad, el lenguaje estilizado y la atmósfera sobrenatural que logra recrear. El poema narra la misteriosa visita de un cuervo parlante a la casa de un amante afligido, y del lento descenso hacia la locura de este último. El amante, que a menudo se ha identificado como un estudiante, llora la pérdida de su amada, Leonor. El cuervo negro, posado sobre un busto de Palas, parece azuzar su sufrimiento con la constante repetición de las palabras «Nunca más» (*Nevermore*). En el poema, Poe hace alusión al folclore y a varias obras clásicas.

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BACHELARD, G. (1993). *La poética de la ensoñación*. Colombia: Fondo de Cultura Económica Ltda.
- BLANCHOT, M. (1969). *El espacio literario*. Buenos Aires: Paidós, S.A.I.C.F.
- BORGES, J. L. (1968). *El aleph*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- BOSCH, J. (1 de Septiembre de 2011). *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*. Recuperado el 27 de Mayo de 2012, de Ciudad Seva: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/bosch.htm>
- ERAS, P. C. (2009). *El arte de narrar: Taller de escritura narrativa*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- ERLICH, V. (1955). *El formalismo ruso: historia doctrina*. Barcelona: Seix-Barral.
- FLAUBERT, G. (2007). *Sobre la creación literaria: correspondencia escogida*. Madrid: Ediciones y talleres de Escritura Creativa Fuentetaja.
- FREIXAS, L. (1999). *Taller de narrativa*. Madrid: Anaya.
- GÓNZÁLEZ, J. L. (ed.). (1968). *El oficio de escritor* (José Luis González, trad.). México, D.F.: Ediciones Era, S.A. de C.V. (Obra original publicada en 1959).
- GORNICK, V. (2003). *Escribir narrativa personal*. Buenos Aires: Editorial Paidós, SAICF.

- 
- KAFKA, F. (2003). (Michael Faber-Kaiser, trad.). Heller, E y Beug, J (Eds.). *Escritos sobre el arte de escribir*. Madrid: Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja.
  - KING, S. (2001). *Mientras escribo*. España: Plaza y Janés.
  - LANGER, S. (1966). *Los problemas del arte*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.
  - MARTÍN-ABRIL, P. A. (2006). *Curso de escritura creativa*. España: Edimat Libros S.A.
  - MILLER, H. (1978). *Mi vida y mi tiempo*. Argentina: Tuilgen editores.
  - MOLINUEVO, J. L. (1996). *¿Deshumanización del arte?* Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
  - PESSOA, F. (2002). *El libro del desasosiego* (Ángel Crespo, trad.). Barcelona: Seix Barral. (Obra original publicada en 1982).
  - POE, E. A. (10 de Noviembre de 2010). *Método de la composición*. Recuperado el 20 de Mayo de 2012, de Ciudad Seva:  
<http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/poe01.htm>
  - RÓDENAS, D. (2008). *100 escritores del siglo XX*. Barcelona: Editorial Ariel S.A.
  - STEINER, G. (2001). *Gramáticas de la creación*. Madrid: Ediciones Siruela, S.A.
  - VALDEZ, D. (2003). *El arte de escribir cuentos: Apuntes para una didáctica de la narrativa breve*. Santo Domingo, República Dominicana: Editora Manatí.

- 
- VARGAS, R. R. (2006). *Alquimia de escritor*. Colombia: Icono Editorial Ltda.
  - VERDE, A. A. (2002). *El oficio de escritor*. Madrid: Ediciones y talleres de Escritura Creativa Fuentetaja.
  - ZAMBRANO, M. (2000). *Pensamiento y poesía en la vida española*. México, D.F.: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
  - PEÑA, I. (2010). *El universo de la creación narrativa*. Colombia: Ediciones El Huaco.
  - PERALTA, A. (1999). *Cómo escribir un cuento*. Colombia: Editorial Esquilo LTDA.
  - BARTHES, R. (1971). *Crítica y verdad*. México, D.F.: Siglo XXI editores, S.A. de C.V.
  - \_\_\_\_\_. (1974 - 1982). *El placer del texto y lección inaugural*. México, D.F.: Siglo XXI editores, S.A. de C.V.
  - \_\_\_\_\_. (1973). *El grado cero de la escritura*. México, D.F.: Siglo XXI editores, S.A.
  - ZAMBRANO, M. (1996). *Filosofía y poesía*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.